

LEWIS MEJÍA

CRÓNICAS

No Ficción



MEJÍA, LEWIS. *Crónicas*. Primera Edición.
Munay Editores. Lima: 2014
100 pp. 14 cm. x 21 cm.

Munay Editores — Serie No Ficción

ISBN: 978-612-46674-0-4

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N° 2014-05176

Dirección editorial: David Pérez
Corrección de estilo: Armando Alzamora
Diseño de portada: Mario Silva
Diseño de interiores: Armando Alzamora y Fabián Alzamora
Producción: David Pérez

© 2014 Lewis Mejía

© 2014 Colmena Editores S.A.C.

Primera edición, 2014

Ninguna parte de esta publicación puede ser grabada, almacenada en sistema electrónico, fotocopiada, reproducida por medios mecánicos u otro cualquiera sin autorización previa de los editores.

MUNAY EDITORES
SELLO DE COLMENA EDITORES S.A.C.
Urb. La Cruceta Block 36 dpto. 502 - Surco
Lima 33 – Lima – Perú
Tel.: 2744519 - 997203264
munayeditores@gmail.com
colmenaeditores@gmail.com

*A doña Vicky, mi compañera fiel,
y a mis adorados Andrea y Álvaro.*

PRESENTACIÓN

Me encontré con la crónica periodística casi por casualidad, una mañana de junio de 1990, cuando de puro curioso me animé a ingresar a un salón distinto al mío donde estudiaba la otra mitad de mi promoción.

Allí estaba ese hombre sencillo y tranquilo, de unos 60 años de edad, tocado con un gorro de heladero, quien sin embargo mantenía embelesada a su juvenil audiencia con sus relatos de la vida real y la promesa de compartir muchos de sus secretos profesionales antes del fin de ciclo. Era Manuel Jesús Orbezo.

Yo, que pensaba trasladarme a otra especialidad, quedé tan maravillado por esa lección que me cambié de aula, y tras mucho practicar en el estilo, un mes después presenté apenas cinco párrafos sobre un cocinero chino que hacía maravillas con la sartén en una esquina del viejo Mercado Central de Lima. Qué sorpresa la mía cuando los encontré publicados en la penúltima página del suplemento *El Dominical*, del diario *El Comercio* del 29 de julio. Fue el inicio de mi carrera de la mano de la crónica, un género periodístico que me sigue apasionando y que me ha permitido disfrutar de muchas alegrías y experiencias.

Como la de publicar esta breve selección de mis primeras notas, tanto en 'el decano' como en la desaparecida revista *Sí* y el diario oficial *El Peruano*, escritas en otras fechas y bajo otras circunstancias, pero que hoy pueden servir para recordar cómo era nuestro país hace casi 25 años.

Mi gratitud a mi querida Universidad Nacional Mayor de San Marcos estaría incompleta si no hiciera una referencia especial a mi profesor Ricardo Falla Barreda. Fue él quien me enseñó a escribir mi primera nota informativa en una clase que hoy recuerdo con cariño. Gracias a mis maestros sanmarquinos, y también a mis compañeros, a mis colegas, a mis amigos, a otros cronistas que solo conozco por sus escritos. De todos espero haber aprendido un poquito y a ellos les dedico estas mis primeras crónicas.

Lima, abril de 2014.

UN EXTRAÑO MALABARISTA

Con maestría, demostrando que la cocina no está libre de hacer espectáculo, un cocinero chino hace malabares con la sartén llena de carne y verduras, en un “chifa al paso” en el Mercado Central.

Es un acontecimiento. La gente se acerca y mira; algunos se sientan a la mesa impulsados más por curiosidad que por el hambre. Y es sorprendente lo que hace ese hombre que, con un filudo y enorme cuchillo, corta delgadas tiras de col, cebollas y pimientos rojos pero gran velocidad, ante los ojos sorprendidos de su público.

Con la carne pasa otra cosa. La trae hacia la mesa con suavidad, luego la estira y, como si fuera una máquina picatodo, ¡zas! La deja listecita para freírse. La enorme sartén contiene el hirviente aceite pero, antes de echar los ingredientes, saca unos pomos oscuros y derrama líquidos desconocidos y polvos raros. “Es una salsa oriental”, dicen unos.

Echa todo al perol; lo remueve cuidando que los ingredientes se mezclen bien con las especias y como toque final coge la sartén con las dos manos, mira al cielo y murmurando algo que solo él debe entender, lanza todo al aire. Los ojos de los presentes se quedan fijos en ese salto mortal aéreo, todo parece detenerse arriba para caer luego y justo, nuevamente, en la sartén, sin que se pierda una sola gota de nada, sin que se caiga ni una sola pizca de cebolla.

Algunos aplauden, otros solo comentan, mientras el cocinero oriental, serio, impasible, procede a servir en los anaranjados platos el manjar, que por la cara con que lo miran los comensales, pareciera “bajado del cielo”.

El espectáculo de la sartén y la comida china “al paso” ha terminado.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 29 de julio de 1990.*

LAS HEROÍNAS DE LA MESA CUADRADA

Es toda una cruzada medieval: una lucha contra los “infeles” mercaderes del arroz, el azúcar, la leche y la papa, y cuya escasez en los mercados agrían y complican la vida. Las amas de casa tiemblan y con cualquier excusa tratan de evitar el terrible enfrentamiento. Pero cuando no queda otra alternativa, ellas se lanzan a la lucha con valor admirable, convirtiéndose en auténticas heroínas nacionales.

La ventaja táctica está en manos de los “modernos sarracenos de la especulación”. Atrincherados, estratégicamente, tras sacos de arroz y cajas de aceite, parapetados entre los mostradores “afilan sus cuchillos”, mientras otean el horizonte, a la espera de sus víctimas.

Las heroínas miden con preocupación la distancia que las separa del “enemigo” y sospechan que la lucha será sin cuartel. La plaza está desierta y poco a poco, ellas van llegando y tomando sus posiciones de combate: el puesto de pescado, la verdulería y la tienda de menestras. Las más osadas y ligeramente mejor equipadas enfrentan al más formidable bastión: la carnicería. Allí, el pollo y los huevos, el chanco y el carnero han jurado “vender caras sus vidas”.

La batalla se inicia. Los “infeles” tratan de atemorizar a las valerosas guerreras con sus gritos de “¡Naranjas Huando sin pepa!, ¡a trescientos el arroz!, ¡paltas dos por cien mil!”

Con sus canastos y bolsas a modo de escudos y en fila, una a una va cayendo. Muchas desertan y después de unos cuantos “choques” se retiran maltrechas. Los “sarracenos de la especulación” hunden sus cimitarras en monederos y carteras arrebatándoles hasta las ideas, pues varias quedan mudas, pálidas y con la mirada perdida, quizá preguntándose: “¿Y ahora qué cocino?”

Desde sus altos torreones y almenas, los “sultanes del acaparamiento” dirigen los movimientos de sus tropas con una frialdad pasmosa: “¡Suban el pollo, suban el arroz. El aceite y las menestras que no cedan ni un inti!” No falta algún súbdito que buscando una gracia real, se “dispara” por su cuenta y plantea alguna oferta.

Con sus delantales como débiles armaduras y algunos míseros billetes como espadas sin filo, avanzan por las oscuras y tortuosas callejuelas del mercado, esquivando trampas y temiendo una emboscada en cualquier momento.

Al caer la tarde, la lucha finaliza. Se levantan los campamentos y nadie canta victoria. Ellas cansadas, gimiendo por las graves heridas en sus economías, regresan a casa trayendo algunos trofeos de guerra, a rendir cuentas y cocinar. Han salvado su honor y del hambre a sus familias, pero solo por hoy, pues mañana es otro día. Y no hay discusión: la decisión es unánime, cuando al sentarse a almorzar, el hogar premia a estas valerosas mujeres con el noble título de “Heroínas de la mesa cuadrada”.

Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.

Lima, 19 de agosto de 1990.

TELÉFONOS PÚBLICOS A PUNTO DE DESAPARECER

Sus electrónicas cabecitas tienen precio. Los teléfonos públicos color naranja, heraldo de buenas noticias y también de malas, útiles para evitar viajes inútiles y salvadores de muchísimas vidas, ahora están solos en la oscuridad de la noche y frente a un grupo de sicarios que los están exterminando por un puñado de fichas “rin”.

Envueltos en las sombras, los atacantes rodean aparato y desenfundan sus armas: destornillador, martillo y “pata de cabra”. La suerte está echada y los golpes rompen el silencio de la madrugada.

Al amanecer aparecen ya mutilados, horriblemente despanzurrados; pero aún de pie. En varias zonas de la ciudad, como en Santa Catalina, Pueblo Libre y Los Olivos, solo quedan las cabinas vacías, como esqueléticos testimonios del vandalismo que amenaza directamente la vida de alguien en apuros.

Como le ocurrió a Jorge la semana pasada. La cocina a querosene estalló y prendió fuego a viejas tablas y esteras de su pequeña casa en un pueblo joven del Callao. Los baldazos de agua fría y arena poco hicieron ante el incendio.

“¡Llamen a los bomberos!” Desesperado corrió por varias calles, de esquina en esquina, pero siempre ocurrió lo mismo. Ver una cabina naranja y creerse a salvo. Pero los vándalos le negaron cruelmente la oportunidad de pedir auxilio. La llamada al 723333, teléfono de la Central de Alarma, sonó demasiado tarde.

Cuando los bomberos llegaron, encontraron a Jorge sentado en un banquito medio chamuscado. Al fondo, humeantes cenizas dibujaban su desesperanza. Los casos son demasiados. Muchos robos, atentados y accidentes podrían evitarse con solo insertar una ficha en el “rin”.

En el cruce de las avenidas Javier Prado y Vía Expresa, una zona de intenso tránsito, hay una cabina telefónica que alguna vez fue estratégica. Hoy, no sirve. Este rastro se extiende hasta donde se oculta el sol.

Pero las piezas que faltan en este rompecabezas se encuentran en los triciclos de plátanos, de mangos y de paltas. El altavoz que amenaza con vender “un kilito de rica uva negra”, a costa de romper tímpanos a discreción, utiliza una “pastilla” electrónica. Esta ha sido arrancada del aparato que usted necesitó con urgencia esta mañana. Son miles las carretillas “parlantes” que circulan libres por toda Lima.

LOS RINES BAJARON DEL CIELO

No solo eso. Sospechosamente, los vendedores informales de fichas “rin” han aumentado. La avenida Abancay está prácticamente regada de estos comerciantes, cuyos abastecedores permanecen ocultos en el anonimato. Casi todos juran que compran las fichas en la Compañía Peruana de Teléfonos (CPT). Pero algunos, no tanto; y confiesan en voz baja: “Aquí vienen a venderme las fichas a buen precio. No sé más.”

En la Plaza Manco Cápac se da un hecho extraño. Un hombre vende a “cuatro por doscientos”, aunque el precio normal en quioscos de periódicos y en bodegas es de cien mil intis. ¿Será que él mismo los fabrica? ¿Será?

Nada es desperdiciado. De los micro teléfonos, conjunto de auriicular y cordón, también se llevan los audífonos como repuestos para pequeños y poco importantes *walkmans*. Alambre de cobre como discos para el mercado, ahora transformados en raros llaveros, todo vale.

Hace algún tiempo las autoridades responsables desarrollaron una intensa campaña por el rescate de estas partes electrónicas y obtuvieron éxitos fugaces. Los operativos lograron reducir el ritmo de destrucción, y la publicidad para denunciar a los autores, sin perdón “porque si saben lo hacen”, causó efecto en la mente de la ciudadanía.

Pero como ocurre casi siempre, la batalla se perdió porque el cansancio colgó la llamada.

El año pasado la Compañía Peruana de Teléfonos realizó 28 mil 175 reparaciones. De esta cifra, el escalofriante 73 por ciento

corresponde a daños por actos vandálicos y equivale a un millón de dólares anuales, según el Ingeniero Salvador Tambini, jefe del Departamento de Reparaciones de Equipos Telefónicos. Los efectos directos sobre el público en tiempo y dinero son incalculables y perjudican, como siempre, a los que menos tienen.

El ingeniero Tambini revela también que algunas veces los autores de estos daños son capturados y entregados a la policía, pero no permanecen detenidos por mucho tiempo. Lo mismo ocurre con los vendedores ambulantes. Se les decomisan las “pastillas”, pero en unos días vuelven a las andadas y los esfuerzos de la CPT son vanos. El promedio de “vida” de un teléfono recién reparado es de días y a veces solo algunas horas.

La nueva estrategia para hacer frente a esto es proteger los aparatos, reubicándolos en centros comerciales y otros lugares cerrados. Pero durante la noche, una mujer embarazada, un hombre herido o en peligro de muerte tendrán que esperar hasta el amanecer para hacer una llamada.

No queda otra alternativa que encomendarse al cielo. O a la participación vecinal. Organizarse en rondas vecinales puede ser el estilo de vida que caracterice a la Lima de fines de siglo veinte.

Pero mientras alguien se decide a hacer algo realmente efectivo, los teléfonos públicos, si es que aún quedan, parecerán cofres de tesoros listos a ser asaltados por modernos piratas. En este caso, como hace casi cuatrocientos años, el castigo aplicado debería ser la horca.

Revista Medio Pasaje. Lima, julio 1991.

EL OTRO SUEÑO DEL LIBERTADOR

UNA EXPEDICIÓN POR LA LIMA DE HOY

El general calzó sus botas y se incorporó lentamente. Cubriéndose con el grueso capote de lana sin insignias dio tres pasos y se asomó a la ventana. Vio el cielo celeste y limpio, y recordó a los Andes. Bajó la vista y un tapiz brumoso le impidió llegar más allá. De pronto, un rayo de sol se abrió a paso forzado por entre las nubes y dejó ver algo que estremeció su corazón. Y colocándose una chalina de alpaca al cuello, porque sabe que allá abajo aún hace frío en setiembre, comprendió que al fin había llegado el día.

VEINTICUATRO HORAS EN LIMA, 170 AÑOS DESPUÉS DE SU GRITO DE LIBERTAD

El sacristán de la Catedral de Lima empujó el polvo con su escoba a una esquina y, al inclinarse a levantar la alfombra del altar sintió un golpe de viento helado. Giró la cabeza y juró que vio una sombra salir por el portón... Aún cuando eran las seis de la mañana y el cerrojo estaba echado.

El libertador pisó un charquito de agua sucia en la plaza de Armas y buscó en vano el antiguo Palacio de los Virreyes. En su lugar encontró un edificio extraño, de piedras grises, hierro forjado y enorme patio con más de cien años de soledad. Una voz estrepitosa chilló en todo el lugar llamando: "Automóvil del señor ministro de..." No entendió bien el nombre, pues un sujeto vestido de verde oscuro, con un raro casco en la cabeza, armado de un palo y escudo le espetó: "¡Ya, ya; circule, circule...!"

El reloj de La Catedral marca las siete en punto y un gallinazo desplumado vuela al río, a disputarle retazos de basura a tres demones que han salido de sus casuchas.

Alguien lanza una piedra que rebota, el sonido se confunde con el tañido de varias lejanas campanadas y un niño andrajoso se destapa la frazada de cartones, que lo cubrió toda la noche, bajo el

Portal de Botoneros. Bosteza, se rasca la cabeza y observa un raro caballero que lo supone un turista madrugador y despistado. “Es mi desayuno”, murmura, y se le acerca por detrás: “¡*Míster, míster!* ¡Yo guía!”

El hombre es alto y delgado y tiene un titilar de tristeza en la mirada. El niño vacila un instante, se queda quieto, pero el hambre que no calmó la última excursión al bote de desechos de la panadería le dice “¡insiste!”: “*Míster, yo lo llevo. Money pe’, míster*”. No le hace caso. Casi ni lo ha sentido, deslumbrado por el jirón de la Unión y el olor del primer “churro a la limeña” de la mañana que se zambulle en un negro y lustroso perol de aceite hirviendo. Una cuadra más allá el viento le susurra al oído “dame un cigarrillo”, palpa sus bolsillos... “¿Y la tabaquera de oro?”

“¿Y el niño?” Ni lo uno, ni lo otro. El día empezó.

Llega a la esquina y ve avanzar una tropa cerrada desde el sur. Viene con sombrillas, bolsones, canastas y banderas.

¿Es la comitiva de festejos por el aniversario de la independencia? No, más bien son los nuevos “conquistadores” de Lima, los herederos de esos históricos señores de barba y armadura de los viejos libros de historia, que se repartieron Lima cuadra por cuadra, como un tablero de ajedrez. Claro, también hay de los otros, de los que fueron “descubiertos” y cuyos apellidos nada tienen que ver con el viejo mundo. Batallones del Virrey de los Polvos Azules y de Santa Fe; coraceros del vino chileno Undurraga y buzos de seda marca Adidas; Lanceros de las Hortelas, los caramelitos de colores y picantes, de las casacas de cuero y del pan con pollo.

Lo rodean, lo copan por los costados. Aterrorizan sus gritos de batalla: “¡*Choche*, estas *tabas* te caen a pelo! ¡Flaco, te vendo un Citizen con computadora y activado por energía de la estrella Polar! ¡Loquito, dame dos lucas por la cadenita! ¡Habla pe’ chino, habla!”

El caballero lucha, se desespera, retrocede y se apoya en una cabina telefónica que quizá el pirata Drake se la robó. Los invasores se detienen dueños del terreno, instalan sus campamentos de gitanos y hasta adivinan la suerte entre tres papeles higiénicos por quinientos y el “ojalá que llueva café en campo” de una discoteca

que disputa a gritos los clientes a un carretillero parlante... “¡Estrechez del corazón!”

Cuando parece que la marea se calma, el general avanza un paso y casi se lo lleva un automóvil oficial Opala, seguido de una rutilante camioneta de lunas polarizadas Cherokee Chieff, todos armados y listos para disparar. ¿Será “Selva Negra” o “Tierra Firme”? Al lado de la pista hay una niña que siente frío bajo su remendada chompa de lana ploma y, mirándose en el espejo roto del microbús de la línea Lima-San Juan, se pregunta si al fin será una “paquita” de Xuxa porque solo se necesita ser linda, graciosa, amar a los niños, bien bañadita, estudiar en el colegio francés y tomar desayuno con tostadas y leche de vaca todos los días. Además debes tener de 10 a 16 años, buenísimas piernas y ser muy disciplinada. ¡Ah! No es necesario ser rubia.

Camina dando tumbos, aturdido y, desde la puerta de un edificio, una morena le llama insinuante con una voz extrañamente varonil. Un perro le ladra amenazando morderle, juntito a una carrretilla de chanfainita en salsa de cólera, “¡rico!”, se detiene, toma aire y le da ganas de regresar al otro mundo, cuando tiene la sensación de haber respirado ají. Pero no queda tiempo de meditarlo cuando una tanqueta pasa por su lado y ¡pack...! Dispara otra lacrimógena a una grupo de personas que parecían tan tranquilas hace un instante y ahora escupen piedras, lisuras, prenden llantas en medio de la pista y “¡Qué viva la huelga! ¡El pueblo... unido... jamás será...Corran!”

El suboficial de quinta Winston Ramirez pisa el acelerador del rochabus y grita: “¡A esos de la esquina, mi sargento!” Un robusto guardia de asalto, segunda compañía, “Los Valientes de Soccos”, apunta el pitón y dispara agua heladita con anilina, mientras en sus oídos el *walkman* le canta un merengue de Wilfrido Vargas: “Y yo quiero agua. ¡A-gua!”

Pero el general ya no está allí. Aprende rápido, o quizá recuerda algún instante de Maipú, Chacabuco y picando espuelas esquila la “carga de infantería”.

Ahora camina lento, cansado. De improviso una mano se le cruza en el camino. Voltea y, al filo de la pared, una mujer campe-

sina con su niño cubierto de trapos en brazos y un tazón de sopa sin sopa le ruega: “Una limosnita pues *papay*”. Siente un vértigo y algo indescriptible que le sube desde los pies hasta el estómago y allí se desvanece. “¡Dios santo! ¿Tú existes?” Introduce su mano en un bolsillo, hurgando en pos de una moneda cuando se le aproxima un sujeto que le susurra: “¡Pago precio, maestro!” Salta Peter y el Centeno, lo arrinconan. “¿Quiere vender? Ochocientos once, ¿cuántos tiene?”

“¡Ya pues, ocho quince! ¡Julia, pásame billetes de a diez!” Se desprende, a empujones y codazos, y al cruzar la pista apresurado vuelve la cabeza y alcanza a leer un letrero inclinado: Compró dólares rotos, manchados, sucios y hasta con gotas secas de sangre del Alto Huallaga.

“¡Basta!”, grita el libertador y se sienta en una banqueta de la plaza en donde hay un monumento ecuestre que dice: La Nación a Don José de San... “Tío, le lustro las botas”. Bajo la pata izquierda del caballo negro de San Martín, cinco chiquillos otean el horizonte, afilan cucharas de metal y preparan estrategia. “¡A ese tío de allá!” Los cinco se le acercan despacio, uno de ellos silbando “Mírale las botas, tan *güenas pa’* la cachina...” “¡Suave gorgojo, ahí viene la tombería! A volar”. Con las justas se salva del robo...

Ahora el general se dirige a la avenida La Colmena. Sube hacia la Casona, la anciana y achacosa madre sanmarquina que sus brillantes hijos olvidaron, y entre una fila de alfombritas con caras fotográficas sin lente, relojes electrónicos de arrebató, pantalones usados levantados del tendal, videocasetes porno y medallitas de la Virgen que llora, encuentra su tabaquera de oro. “¡Oiga qué le pasa! ¡¿Va a comprar?!” Es la misma tabaquera que perdió en la mañana. “Es mía”, dice. “¡Cuál mía! ¡Policíaaaa...!”, grita el “cachinero”.

“¡A ver usted, documentos! ¿No tiene? Bueno, cómo es. ¡Saaaargento...súbalo!” El pesado vehículo avanza con su carga de profesores huelguistas, escaperos, vagos y un provinciano recién llegado que no sabe castellano y que, según el teniente Sonny Crockett, tiene una pinta de terruco que ni mandada a hacer.

El general suspira, se desespera y restrega sus ojos incrédulos. Intenta gritar “¡Soy el general San...!” “¡Callar la boca!” El camión avanza por Carabaya y sube hacia la plaza de Armas. En eso un borrachín balbucea una frase salvadora, inteligentísima para el momento, pero con un “delicado” tufo a “racumín”: “¡Ah, si yo fuera un ángel, volaría...!”

“¡Agárrenlo!” Dos uniformados saltan del vehículo y corren, fusil AKM en mano, tras esa sombra que se interna tras la puerta de la Catedral. “Y, ¿dónde está?” El sacristán prende una vela y mueve la cabeza. Buscan y rebuscan y no encuentran nada. “Se ha hecho humo. Vámonos.”

El sacristán de la Catedral de Lima sopla el palito de fósforos y da dos pasos. Se inclina frente a una imagen y siente otra vez un viento. Pero esta vez es cálido, casi quemante. Se levanta, mira al cielo, un rayo de esquivo sol invernal se filtra y entendiéndolo todo, murmura: “Buen viaje.”

*Diario Última Hora. Suplemento La Revista.
Lima, 22 de setiembre de 1991.*

EN OCTUBRE SÍ HAY MILAGROS

La procesión del Señor de los Milagros es mucho más que un rito religioso. Cada año, el mar inmenso de gente que acompaña la imagen bienaventurada del Cristo Morado está compuesto por menos fieles y devotos, y por más comerciantes y “microempresarios” que anticuchos, picarones, turroneos o “detentes al ristre”, se vuelcan a las calles de Lima con el propósito de asegurarse el “pan de octubre”. Miles de fenómenos sociales se suceden cuadra tras cuadra en la avenida Tacna, como para entusiasmar a más de un sociólogo que se atreva a iniciar la tesis redentora. Las líneas siguientes retratan un poco eso: “la otra cara de la procesión”.

Y todavía hay algunos que juran por la memoria de Santa Giovanna del Perpetuo Socorro, que en octubre ya no ocurren milagros. Seguramente deben ser aquellos, los pocos. Acaso los que figuran en algún cuadrado estadístico de las oficinas para el tercer, cuarto u otros mundo que funcionan en el sótano del Vaticano, donde se les señala como los que están en extrema pobreza espiritual, desinsertados de la credibilidad católica. En fin, los que sobreviven con un poco más de un sueldo mínimo legal de esperanza.

¡AVANCEN, POR FAVOR!

Para contradecirlos tenemos muestras... y contantes. Tantos como las cuentas de un rosario de cualquier beatita de los Barrios Altos. Eulogio Condori Chopitea, chofer liberado “no se sabe de qué ni de quién”, en su ruta número mil ochocientos noventa y siete, letra “Ch”, y a bordo de un microbús disfrazado de colectivo para no cobrar medio pasaje ni escolar, sintió que la procesión le cayó como pedrada en ojo sano.

Cuarenta y cinco minutos sembrado en el inmenso campo de calabazas moradas y humeantes de la avenida Tacna, y con tres pasajeros, uno de ellos medio tuerto, tuvo tiempo de bajar un

rato a tomarse un emoliente con pisco, comerse un buen plato de picarones en su tinta y fumarse un cigarrito. Ah, y suficiente para piropear a una rockerísima huancavelicana, embutida en un traje de cuero negro, a lo *heavy metal*, con hábito y cirio de medio metro en mano; amén.

Antes de ganarse una cachetada gratuita y luego de mirar reflejada en un espejo a una señorita ancha como un Volvo Intercooler, que le recordó a su esposa, Condori regresó a su “Solterito II”. Como no pasaba nada y el motor turbo petrolero con “humo acondicionado” recalentaba, se colgó de la trompeta. El guardia de tránsito Felícito Atoche lo miró, se calzó el casco blanco, colocó suavemente la mano izquierda sobre la cacha anatómica del Smith&Wesson calibre 38, se acercó y le susurró al oído: “¡No me sigas tocando la bocina porque se me sube la bilirrubina!”

MARTHA EN SU TINTA

Un poco más allá está Martha Sánchez, que no es la chica de “Olé, Olé”, pero que muy bien capea el hambre. Da de miraditas al panadero y hasta le pone banderillas en el lomo al chino de la encomendería, siente en aquel sabor a nada que gusta en su boca, que tampoco pasaba nada.

Aunque esto ya no es novedad para ella, aguijoneada por la crisis desde el tiempo en que trabajaba de profesora en el colegio fiscal del barrio donde nació. El sobre de pago llegaba cada día más tarde y más flaco, hasta el día que el viajero le confesó que él también se iba, obediente a los consejos de los dólares de la renuncia voluntaria que nadie quería cobrar pero que al final cobró.

Entonces, decidió ser microempresaria, comerciante también “liberada”. Y allí estaba ella, plantada en la esquina entre Emancipación y Tacna, en un lugar en donde hace años le citó un chico llamado Fernando, que nunca volvió a ver después de aquella fiesta sin límites que terminó en la Maternidad de Lima, nueve meses después.

Si ella hubiera estado sola, quizá la suerte le trataría con benevolencia. Pero junto a ella habían otras, casi una docena, bañadas

de rato en rato por los vapores nada santos del anticucho de corazón añejo, pancitas y papas con ají, entre otras delicias de la cocina criolla.

LA PROCESIÓN VA POR FUERA

Mientras tanto, las andas de plata de Nuestro Señor de los Milagros se deslizan como una bolichera sobre un mar de cabezas, bamboleándose, llevadas en vilo por un grupo de fornidos morenos cargadores, entre cánticos religiosos, sahumeros de metal de los que brota rico aroma, y ese impertinente: “¡Mami, quiero pichi!”, que salió en medio de la procesión que arrastra.

Es imponente la cantidad de gente, familias completas que marchan al compás de la banda de música de la Policía Nacional. Las familias llevan panes con atún, choclos, chicha morada y hasta una gaseosa de dos litros, además de las infaltables estampitas y “detentes” morados.

Al otro lado de la calle, tres sujetos atisban los rostros de los fieles para ver quién lleva más, quien puede hacer realidad el milagro que le han pedido a Jesús. Porque él ama a todos sus hijos. Incluso a los que roban, y como en octubre sí hay milagros, puede que caiga un cambista del jirón Ocoña.

Pero tal el negro esclavo que pintó la imagen, allá por el siglo XVII, no soñó ni en sus noches más angustiantes lo que sucedería siglos después, ni en la cantidad de gente que convocaría aquella pintura que resistió el terrible terremoto de 1687 que arrasó medio Lima.

O las penitencias que ofrecen los creyentes, caminar de rodillas varias cuadras, o descalzos. Porque lo del ayuno ya no se considera “sacrificio” por alguna extraña razón de origen ciertamente terrenal.

Y de pronto también llega la luz para doña Martha de esta historia, cuando alguno siente hambre de pancitas y anticuchos y encima está acompañado de su pareja que muy juntito le señala: “Ahí, amorcito, en esa carretilla, donde están las carnes; se notan más rojas, mi cielo, como tus labios”. Y si eso ocurre con otra pare-

ja y otra y otra, pues entonces si hay razón para creer en milagros, y si se mandan con un choclito o de repente otra porción más porque esta nos quedó chica, pues gracias mi Señor de los Milagros; y ya pues, ¡avancen hermanos! Que quiero llegar a casa y abrazar a mis pequeños porque hoy si me fue bien y vamos a poder comer unos días.

Y el otro milagro, que ocurre cuando ya como que se nos escapa esta crónica, sucede en un instante feliz para los que venden velas y hacen su “agosto en fin de octubre”. Es el apagón que actúa como mágico timbre de fin de clase o disparo de largada en carrera para ver quién se marcha primero, antes de que alguien se emocione demasiado y retumben los cuetones. ¿¡Qué!, no son cuetones sino balas? ¡Pues, Condori, que esperas! Pon la máquina en primera, pisa el acelerador y arranca, ahora que se llenó hasta el techo, y se te cumplió el milagro de esta noche. “¡Ya, lleeeeeeva!”.

ESTÓMAGOS VACÍOS EN ANDAS

Hace casi dos mil años, Jesús de Nazareno echó de un templo a cientos de mercaderes que traficaban sus productos sin respetar la casa de Dios, su padre.

¡Cuánto trabajo tendría hoy, Jesucristo, si por casualidad se le ocurriera darse una vueltecita por la procesión que se celebra — en su nombre— por calles limeñas en octubre!

Pero el lugar no es el mismo, y los tiempos han cambiado. Miles de factores se confabulan para que en Lima se permita el comercio libre y hereje de turrone, pancitas, anticuchos, hígados, emolientes, loterías y fotografías con los *tortuninjas* adolescentes, a despecho del acontecimiento religioso más importante del Perú criollo.

Ni la Iglesia Católica puede hacer nada por impedirlo. Tal vez porque la búsqueda ingeniosa de un vasto sector social por sobrevivir sea tan importante como la fe de un pueblo que se aferra a los milagros que siempre acompañan al mes de octubre.

Ahora, ni los comerciantes informales se sienten irrespetuosos ni los fieles dan muestra de indignación por los olores diversos que se impregnan en el cabello y en la ropa.

Una vendedora de pancitas, choclos y anticuchos nos ayuda a responder la interrogante. “Señora, ¿no siente un poco de remordimiento por vender corazones y vísceras de res, en medio de un acto de fe religioso tan importante como la Procesión del Señor de los Milagros?” “No, para nada. Este es un trabajo como cualquier otro, como ser una secretaria o un periodista. De esto vivo... sino no comerían mis hijos.”

Evidente, sino no comerían sus hijos. No parece haber más respuesta que la que puede expresar un estómago tan hambriento de fe como cualquier otro.

*Diario El Peruano. Suplemento La Revista.
Lima, 5 de noviembre de 1991.*

EN LAS ENTRAÑAS DE LIMA

UN TÚNEL DEL TIEMPO

Después del tercer toque, una pequeña puerta de tablas mohosas se entreabre con un crujir de goznes oxidados, en un departamentito del solar ubicado en el número 213 del céntrico jirón Ancash. Estamos a punto de ingresar a la pequeña casa de don Máximo Meza Moore, en cuya sala-comedor-dormitorio-cocina, todo en uno, se halla la entrada a un misterioso túnel que, tal vez, nos pueda conducir a las entrañas de Lima cuadrada.

Don Máximo, con once hijos y cuyos antepasados, según refiere, fueron súbditos británicos, es presidente de la Junta de Vecinos de Lima Metropolitana. Declara que el túnel en cuestión pasa justo por el centro de varios departamentos de la quinta en que vive, y que casi al llegar a la calle hace un giro hacia la derecha. “Hoy no es posible recorrerlo porque hace muchos años que, en varios tramos, se levantaron paredes de ladrillo”, afirma.

UNA CIUDAD DE SECRETOS

Lima es una ciudad cuyas casonas de virreinal arquitectura guardan en lo más profundo innumerables e insólitos secretos. Uno de ellos se encontraría en el interior del callejón Los Rastros de San Francisco, precisamente en el departamento 107, al costado de la estación del ferrocarril de Desamparados, y a casi una decena de metros de la parte posterior del Palacio de Gobierno. Allí, a unos pocos metros bajo el nivel de la pista, corre un túnel que, según los vecinos, enlazó hace muchos años al convento de San Francisco con la residencia de Pizarro, y durante la guerra del Pacífico refugió a Nicolás de Piérola. Desafortunadamente no hay información histórica disponible para confirmar el dato o desmentirlo.

Sin embargo, es muy posible que un par de metros bajo las botas del grupo de soldados, que diariamente monta atenta guardia en

las rejas de Palacio, se hallen vestigios de este conducto. La misma intención de tapiar varios tramos no descartaría esa posibilidad.

Consultado por El Dominical, el arquitecto Juan Günther, del Patronato de Lima, dijo carecer de información sobre el hallazgo y desconocer si algún estudioso de Lima antigua está haciendo una investigación al respecto.

ESCARBANDO EN LAS ENTRAÑAS

Ubicada en un extremo de la sala del departamento 107, la visión de la entrada al túnel ocasiona un ligero estremecimiento y evoca viejas películas de misterio. Está cubierta con un amasijo de cajones vacíos, sillas rotas, paja y diversos trozos de madera. Y cuando el señor Meza destapa lentamente la oscura entrada al túnel, inmediatamente emana un tufillo que puede ser de siglos.

Se descubre una primitiva escalera y a la luz de un foco de 50 watts se observa una habitación de aproximadamente diez metros cuadrados. El señor Meza ha instalado, en un extremo, un pequeño taller de carpintería, y el resto está cubierto de escombros. Al fondo se nota una pared de ladrillos rojos recubiertos por torta de yeso. El techo de este recinto, con vigas atadas entre sí por unas viejas cintas de cuero, soporta todo el peso de un departamento de quincha que se halla inmediatamente arriba y contiguo al del señor Meza. En dicho departamento, una mujer aparta con una mano las moscas y junta los platos sucios de comida, mientras dos niños y una niña observan la televisión, completamente abstraídos con las imágenes a color del programa *Nube Luz*.

Casi 20 familias de bajos recursos económicos viven en departamentos como el del señor Meza. Todas las mañanas se levantan y realizan la higiene personal en un conjunto de caños y baños múltiples, en medio de tuberías de desagüe y numerosos gatos. Y mientras tanto, el túnel sigue ahí abajo, oscuro, húmedo y silencioso, esperando el día en que alguien le abra las puertas a la luz.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima 30 de enero de 1994.*

DESDE BAGUA Y ALREDEDORES IMÁGENES DEL FRENTE DE BATALLA

Termino de escribir esta crónica sentado en la Plaza de Armas de Chiclayo, esperando el vuelo a Lima. Atrás queda Bagua Chica, Puerto Imazita, Teniente Pinglo, Santa María del Nieva, Chávez Valdivia, Jiménez Banda, Cueva de los Tayos, PV1 y Tiwinza. Y un puñado de corajudos peruanos de uniforme, que todas las mañanas izan la rojiblanca en el último —o tal vez el primer— rincón de la Patria.

Chiclayo me recibió cálidamente, con 27 grados de temperatura promedio. A los diez minutos de caminata, el calor hace que la ropa se vuelva pegajosa. Pero no sería nada comparado con el clima que me esperaba en Bagua y alrededores.

Después de un caldo de gallina y de andar un poco —en el cine El Oro proyectaban *La noche de las narices frías*—, traté de alquilar una combi hacia Bagua, en el grifo Nororiental. Eran las once de la noche y un chofer ofreció llevarme sólo hasta el cruce de Chamaya. “Algo es algo”, me dijo, porque de allí a Bagua hay casi tres horas.

Chorreando sudor y acompañado por las melodías de Leo Dan, Leonardo Favio y Sandro, viajé por una carretera afirmada, que de madrugada atravesó los poblados de Túcume —y sus pirámides imponentes—, Mochumí, Pacora, Motupe, Íllimo, Callanga, el río La Leche y Sayanca, sin electricidad desde las 10 de la noche. A las tres nos detuvimos por precaución en El Progreso, a descansar. El chofer se había dormido en varios tramos.

EN LA RETAGUARDIA

El chofer me dejó en el cruce de Chamaya cuando no había un alma en los alrededores. Solo camiones estacionados en la más completa oscuridad. Media hora después, y cuando ya empezaba

a sentir miedo, conseguí otra combi hacia Bagua Chica, donde llegué a las cinco y media de la mañana.

Obtener una habitación decente es casi tan difícil como encontrar un ecuatoriano. Los hostales estaban copados por la prensa y algunos comerciantes, y cuando por fin creí haber dado con una cama blanda, me di de cara con un cuartucho infame, de cuyo baño salían algunos insectos rastreros.

Instalado por fin en el Don Diego, desayuné café con tamales y una porción de chicharrón de procedencia desconocida —nunca logré ver un chanco en Bagua—. A eso de las nueve contacté con mis compañeros periodistas y partimos en una mototaxi hacia la base de la Quinta División de Infantería de Selva, en El Milagro.

Desde un restaurancito de poca monta que sería como mi segunda casa en el nororiente peruano, y que los periodistas llamábamos graciosamente “el telepuerto”, escudriñaba los movimientos de helicópteros, camiones y soldados, a la espera de alguna noticia. Un oficial muy conversador nos animaba las larguísimas tardes calurosas, contándonos extraoficialmente algunos detalles de las operaciones militares. Él y la Kola Real bien helada eran los más solicitados cada media hora.

POLLO A LA TIWINZA

Los problemas de la zona son, de boca de los vecinos, las carreteras destrozadas, la falta de comunicación, y el restringido servicio de energía eléctrica, además de una deficiente oferta hotelera. No hay nada típico para comprar como recuerdo, incluida la comida. Sin esfuerzo pude almorzar casi como si estuviera en un restaurante de Lima —salvo que en Bagua el servicio es lentísimo—. Una novedad que acaba de incrementar la carta culinaria en Bagua es el flamante “Pollo a la Tiwinza”. Se trata de un plato de pollo asado, deshuesado y picado. Como si el ave hubiera pisado una mina explosiva.

LA SELVA

“Se los chupó el monte”, puede ser una frase sin sentido para muchos peruanos. Pero explicada por un soldado de la Quinta División de Infantería, causa un leve estremecimiento. “Significa perdido en la selva —dice el recluta—. Es cuando te vas caminando, al rato te das cuenta que no sabes por dónde has venido ni para dónde vas. Los árboles son grandísimos, todo está cerrado por la maleza, y hace muchísimo calor. Si estás de práctica, te pones a gritar duro hasta que te encuentren. Pero si estás en combate, ¿a quién vas a llamar?”

Las patrullas extraviadas tienen que echar mano a lo que sea para comer. Pagan pato los monos -previamente ahumados-, roncocos, venados, pájaros de todo tipo y plumaje, algunas pirañas —que parecen lenguaditos—, gusanos, ratas de monte -dicen que son una delicia-, algunos tipos de raíces y frutos silvestres. Pero alguien tiene que ir de compras y escoger en este “mercado” selvático.

He ahí la utilidad de los guías, soldados peruanos, naturales de la zona, en su gran mayoría de las comunidades aguarunas, que han hecho de la selva su inmenso hogar. Van caminando y al paso cogen una rama y la trenzan, a la derecha, a la izquierda, para arriba, para abajo. A la hora de regresar sólo tienen que buscar estas huellas. “Vamos por acá, no, mejor por allá”, dicen. O de pronto se detienen, examinan las ramas, se llevan una mano a la oreja y piden silencio: “nos están siguiendo, ¡sssh!, vámonos por aquí, yo voy a limpiar las huellas”.

LOS RESERVISTAS

“Reservistaas... Tres, tres, firmes tres, reservistas, columna de tres”. Acaban de llegar unos 70 voluntarios procedentes de Lima. Tal como están, polvorientos, sudorosos, más con hambre de comida que de combate, parecen “pirañitas” del Parque Universitario hechos adultos. En realidad son de El Agustino, San Martín

de Porres, Villa María del Triunfo, Canto Grande, Lince, Villa El Salvador, Comas, la Lima popular.

Antes de hoy, estos hombres han sido cobradores en combis y microbuses, campesinos, albañiles o estudiantes de academia premilitar de la avenida Wilson. Sus apellidos nos suenan a cada rato en la intrincada selva de cemento limeña: Serna Cusis (ex comando lince de Ayacucho), Arias Mori (del batallón 241), Lucas Contreras, Alberto Narváez, Flores Cusi, Chauca Medrano, Hilarío, Reyes...

Se presentaron en el Fuerte Rímac, sede de la 18 División Blindada, pero no fueron tomados en cuenta. Armados de valor y de muchas ganas de servir a la Patria, emprendieron el viaje a la aventura, tirando dedo a lo largo de toda la Panamericana Norte, alimentándose en estos tres días de viaje con la voluntad de los vendedores de mercados, y recurseándose algunas frutas de huertas anónimas. En palabras de ellos mismos, “realizando operaciones de supervivencia tipo comando”.

LOS TIGRES

“Ya lo hemos tomado todo, Tiwinza es nuestro”, exclamó con emoción el sargento segundo E.P. Ricardo Meyero Chimpa, natural de Uracuza, y uno de los primeros “tigres” en regresar de la zona de combate. Meyero es soldado aguaruna y experto conocedor de la zona. Su experiencia y valor permitieron que las tropas peruanas llegaran rápido y sin extraviarse a la cita que habían acordado con la historia.

Estamos en el patio de honor de la Quinta División de Infantería de Selva y cuartel general de las operaciones en el nororiente. El sargento Meyero viste pantalón verde olivo, botas y camiseta con camuflaje tipo tigre. A su lado están tirados varios fusiles FAL ecuatorianos, radios portátiles, mochilas y casacas agujereadas, granadas, minas, cables y municiones. Habla Meyero: “En los primeros días del conflicto no dejaba de escuchar la radio. Me enteré que algunos soldados se habían perdido, otros tropezaban con minas y resultaban heridos, y me daban ganas de venirme en ese

momento. Al fin, como soy licenciado, me presenté de voluntario a la UMAR 1, para transportar víveres. Después me convertí en guía”.

Los veteranos de la toma de Tiwinza, como Meyero, retornan en pequeños grupos, vía helicóptero o por botes a Puerto Imazita, al cuartel El Milagro, de Bagua Chica. Son jóvenes de acento selvático, que muchas veces no superan los 20 años de edad, pero cuyos ojos dan la impresión de haberlo visto todo. Cuentan historias de balas, minas explosivas y traicioneros ataques con morteros.

El soldado Almagro Pizango Tenazoa, de la Compañía Especial de Comandos 115-Tarapoto, muestra una herida de bala en la espalda. “Estábamos avanzando, disparábamos y ellos también, con unos helicópteros nos ‘roqueteaban’ duro, pero seguíamos ahí, firmes. En eso me sentí un poquito cansado y me comenzó a doler la espalda un poco”, dice, recordando las jornadas del 10, 11, 12, y 13 de febrero. Cuenta que después se cayó y sus compañeros lo evacuaron. Ahora está fuera de peligro, atendido en uno de los hospitales de campaña que el Instituto Peruano de Seguridad Social ha levantado en El Milagro.

Otro valiente, el comando Fernando Trigoso Jaba, tiene un brazo quebrado por las esquirlas de bala de mortero. Cuenta que fueron sorprendidos cuando consolidaban la zona: “Habíamos tomado Tiwinza y queríamos seguir avanzando para asegurar, pero un espía que nos había visto desde un monte alertó a todos los ecuatorianos y nos tiraron morteros”. También se recupera, y manda saludos a sus familiares en Tarapoto: “Estoy bien, no se preocupen. Tengo ganas de agarrar mi fusil y regresar”.

Sin embargo, hay otros soldados que nunca podrán hablar. Se trata del sargento segundo Walter Cruz Sánchez, de 19 años, miembro del Batallón Paracaidista 39, de Lima; y el cabo Omar Yali Chaccha, del Batallón Antisubversivo 32, de Huancayo. Ambos soldados cayeron para siempre en la toma de Tiwinza, y sus cuerpos recibieron el emotivo homenaje de sus compañeros “tigres” y demás soldados acantonados en El Milagro

NOCHES DE ADRENALINA CON LOS CUERPOS DEL DELITO

Las cuatro de la mañana no es una hora en la que los ojos humanos acostumbren mantenerse bien abiertos. Pero cuando la sensual Ivonne mueve las caderas al ritmo de Madonna, en la débilmente iluminada pasarela de La Sirena Club, ninguno de los caballeros allí presentes pestañea.

La sensual Ivonne es una de las muchachas que noche a noche se liberan lenta y cadenciosamente de sus ropas, ante los aplausos de la amable concurrencia. Así, viéndola bailar la danza de los siete velos en medio de nuestra imaginación, damos inicio a un viaje por las noches de *strip* y adrenalina capitalinas.

EN EL CALOR DE LA CIUDAD

Sentado a la mesa, bajo la luz de ocho fluorescentes color violeta de 32 watts, pido una botella de cerveza fría. Afuera el jirón Quilca poco a poco va quedando silencioso. A la una de la madrugada, la calle se convierte en punto de reunión de poetas posmodernos, embutidos en casacas de cuero negro, que arrastran su belicosa ebriedad por toda la calle.

Dentro, solo una mirada, tan solo una palabra, y ella —cualquiera que sea— se me acerca: pregunta cómo estoy, y cuál es mi nombre, y si deseo un poco de compañía. Acepto, y al instante solicita un trago corto, que no bajará de diez soles. Me parece muy caro para ser tan solo una copita de té ralo con limón.

Y sin embargo, gracias a esta bebida sospechosa puedes conversarle al oído sobre lo que quieras, abrazarle con una pizca de cariño, robarle muchos besos o colocar una mano impúdica más allá de la rodilla... Solo por algunos minutos, porque de pronto volverás a escuchar “pídeme otra copa, mi amor, que ésta ya me la terminé”. Es decir, diez soles más.

A las dos de la madrugada, después de haber bailado tres salsas, un par de merengues, una balada en inglés y el último éxito de Vilma Palma e Vampiros, surge en el entarimado una dama de aire

distinguido: “Buenas noches, amable y fiel público que nos acompaña con su grata presencia. *La Sirenita Club* se complace en presentar su espectáculo de *strip* artístico. Con ustedes, Yesenia...”

Baby doll con encajes o ceñido *body* de negro encantador, la primera damisela salta a la pasarela. Y mientras el estéreo arremete con el *rap* del caramelo y ruge la barra, ella suelta el primer broche de su *brasiere*...

Comerciantes, estudiantes, obreros y hasta uno que otro policía de civil. Son hombres que, a su manera, intentan escapar de la agobiante rutina de la ciudad...para caer en manos de La Sirena.

RITMO DE LA NOCHE

En pleno corazón de San Isidro, hallamos un castillo medieval, con puente levadizo sobre foso seco de medio metro de profundidad. Donde adustos centinelas con corbata michi y lapicero Faber Castell de plástico fungen de criollos guachimanos, sin armadura ni espada de acero.

Un veterano Lancelot de a metro sesenta ilumina el camino. En vez de una humeante antorcha de aceite llévala más moderna linterna a pilas Ray o Vac de Pachitea. Preguntamos, y nos dicen que el Rey Arthur no está. Pero en la barra del **Casanova Club** encontramos a un alquimista lampiño, que prepara las pócimas más envolventes y enloquecedoras de esta villa sanisidrina. Dicen que se llama Merlín.

Hace un mes, nos cuenta, cinco mil dólares americanos premiaaron el cuerpo más perfecto de una Venus limeña. Para concursar fue necesario ser joven, ser guapa, ser delgada y no sentirse avergonzada. Claro, indispensable poseer buena curva en el *derriere*.

A diferencia del Centro de Lima, tanto el Casanova Club de San Isidro, como el Moulín Rouge del Centro Comercial Higuiereta o Lipstick NightClub, de la calle Augusto Tamayo, son los lugares donde los nuevos *yuppies* criollos se reúnen. Aunque, si aún no lo eres, pero dispones de unos cincuenta dólares para gastar, estás invitado.

Recuerda. Puedes creer que los días se suceden vacíos y sin que nada los detenga. Puedes pensar que tu empleo en la oficina es solo un monólogo con la computadora. Puedes sospechar que te estás aburriendo en lo mejor de tus 30 años de edad. Puedes sentirte tan estresado qué harías *puenting* desde lo más alto de la Carretera Central. Hasta puedes recordar que posees una llave mágica para salir de todo esto, o un revolver calibre 38 en la guantera del Honda Civic full equipo.

Calma. No te desesperes. Desconéctate. Olvídate de los *warrants*, la bolsa, la visita inminente de los inversionistas sureños o de tus podridas exportaciones de limón al Ecuador. Solo respira profundo. Y da una vuelta por las noches de ensoñación de Lima y San Isidro.

LA MAJESTAD DEL BARMAN

De sus manos mágicas surgen filtros de amor o venenos color caramelo, tragos capaces de mandarnos directamente a dormir con una sonrisa de oreja a oreja, o de no dejarnos pegar un ojo hasta las cinco de la mañana. Es el barman infaltable en un club nocturno de *strip*.

Sus preparados son fucsias incandescentes, anaranjados desconcertantes, amariverdes de limón. Rojos sangre y azules esperanzadores. Pueden ser los más finos, inventados para gargantas muy delicadas, o fuertes para paladares galvanizados.

Escoja usted, puede pedir sus *Fry Gin*, *Hawai Inn*, *Red Lion*, *Daikiri on the Rock*, *Good Nighth* o el peligrosamente delicioso Ángel Vengador.

NO RECOMENDABLE

En la búsqueda de una sana diversión, nos topamos con espectáculos infamantes. Dos locales ubicados al costado del Hotel Crillón se disputan el privilegio de ser los más desagradables de la ciudad.

Al pedir una cerveza en el Grill Alfa, el mozo realiza un acto de increíble prestidigitación: de un bolsillo secreto extrae un vaso, mientras con una sonrisa criminal destapa la botella golpeándola contra la mesa.

Mientras, en el Tropical Club, una veterana danzarina tan osada como fea y desnuda nos recibe casi en la misma puerta, palpando con habilidad si cargamos billetera. Ojo, abstenerse los deprimidos y solitarios.

Revista Sí. Lima, 15 de mayo de 1995.

FIN DE SEMANA EN EL CARMEN CON PAPÁ AMADOR Y LOS HERMANOS BALLUMBROSIO

Traspira a chorros don Amador, mientras salta. Mientras sus pies aporrean sin piedad el piso de concreto de la sala familiar. Mientras sus veloces zapatones negros recién lustrados levantan mínimas nubes de polvo. Mientras su hijo Jesús y un par de cholos sonrientes de zapatillas Nike rasgan guitarras, rompen cajón, agitan maracas y hasta sacuden una quijada seca de burro feliz.

Sigue transpirando a chorros don Amador “Champita” Ballumbrosio, mientras baila. Mientras sus pies zapatean acompasados y sin piedad. Estamos en el barrio El Carmen, Chincha. Más precisamente el número 325 de la calle San José. En la casa que hoy es casi sagrado templo de la música negra del Perú.

EL BAILADOR

Todo el mundo reconoce a don Amador. Moreno sesentón, camina un poquito encorvado, y generalmente anda rodeado de un enjambre de negritos saltarines. Cuando conversa no muestra el menor signo de vanidad.

Y pensar que hace cuarenta años le decían “tumba huarango”, por su estatura y por su fuerza impresionante. Y también porque la zamba más preciosa y terca del barrio —cuyo corazón a veces era tan duro como el palo de huarango— se le quebraba ante una recitación.

Pero antes de eso era el “Champita”. Quien apartaba el barro que los mayores sacaban al hacer canales para irrigar la chacra de algodón. Hoy don Amador recuerda que también ha sido albañil, sepulturero y labrador. Hasta pastor de caballos y bueyes. Pero más que todo eso, bailador, zapateador, violinista y compositor.

PANALIVIO

Don Amador ha construido varias decenas —tal vez más— de canciones populares negras. Siempre tiene más historias que

contar. “Las nuevas canciones se crean cuando Dios quiere”, dice Jesús.

Y ese hijo de don Amador recuerda lo que ocurre cuando su padre sale a pasear a la chacra. Y de repente, en medio de los algo-donales, comienza a tararear. “Nosotros decimos: oye, ese Cham-pita ya se está rayando...”

El hombre sigue caminando solo. Y cuando más tarde regresa a la casa, busca a uno de los muchachos, lo sienta a su lado y le ordena: “Escribe tú lo que yo voy a cantar”.

“Que venga el marrón”, dice el viejo maestro. Y desde la cocina llega un negrito simpaticón, calzando un par de zapatos guindas tres tallas más allá de lo que le corresponde. Pero esos zapatos son valiosos porque poseen tacos de buena madera. Muy sonora para zapatear.

Años contra añitos se enfrentan en un contrapunteo interminable. Primero el padre, porque la antigüedad es clase. Y después el pequeño, contestador, atrevido, mostrando las medias blancas de educación física que le sirven como relleno para entrar sin salirse de los zapatos. ¡Tap, tap, tap, zaaap, tapatá, tapatá! “No te metas con tu padre”, dice al final del baile el maestro. Y el mundo estalla en mil aplausos.

LA CASA

Llega al pueblo un polvoriento autobús cargado de pasajeros. Algunos son turistas del extranjero, que caminan Nikkon en mano y mascando chicle. Otros vecinos de Pueblo Libre, El Callao, Los Olivos, Breña, La Victoria o Miraflores —¡Uff! Qué loco, ¿ves?—, aparecen atraídos por la indudable fama del lugar, y por la frescura de las 4 de la tarde de un día soleado.

Son recibidos con un repiqueteo de cajón. Se destapan las cervezas y el buen humor sube como la espuma. Fluyen las palabras, tropiezan con las risas, estallan en aplausos, y de pronto nadie se resiste a bailar. Porque las morenas de El Carmen son lindas, sencillas, amistosas y capaces de hacer estremecer al ritmo de un landó hasta a los mismos árboles. Pobres de ellos.

El 325 de la calle San José identifica a una vivienda modesta, limpia y agradable. De sus gruesas paredes celestes de adobe inmemorial cuelgan cuadros con fotografías alegres y diplomas escolares. En un rincón del pasadizo se amontonan tres sacos de maíz y una guitarra sin cuerdas. Y del techo de cañas y esterillas, que ha visto los mejores bailes y las más épicas jaranas del sur chico de nuestro país, cuelgan dos fluorescentes blancos. Como las sonrisas de los famosos morenos Ballumbrosio Guadalupe.

Todo el mundo entra a esta vivienda como si fuera propia. No hay lugar prohibido, mucho menos en la cocina, donde un grupo de chiquillos sin zapatos rodean a la señorona de la casa. Afuera ha llegado la hora del violín.

Revista Sí, Lima, 5 de junio de 1995.

CINE SOLO PARA ADULTOS

EROTISMO EN MATINÉ

Silencio en la sala. Ochocientos pares de ojos desorbitados están clavados en el ecran de Tocuyo, incluidos los de los guardias de tránsito que deben controlar el atormentado cruce de Colmena y Tacna. Casi nadie se mueve y solo algunos tosen de vez en cuando. Porque en ese mismo momento Ginger Lynn, la estrella del cine porno de los 80, está haciendo barbaridad y media con su coestrella de turno en la pantalla gigante de un cine limeño.

Le Paris, Colón, Colmena, Tauro, Venecia... El número de cines donde la pornografía se esconde con algo de pudor tras el título de "función solo para adultos con libreta electoral" aumenta cada día. Por ejemplo, según el listín cinematográfico del pasado martes 13 de junio, en Lima, distritos y pueblos jóvenes funcionaron 26 "salas de sexo".

Y aquí nadie se queja de la taquilla, porque hay tanto público cinéfilo para estas películas que calientan en estas tardes friolentas, que a falta de butacas varios disfrutan hasta de pie.

Sábados y domingos desde las tres de la tarde, en funciones continuadas y en palco o mezanine, las alas del cine porno lucen atestadas. El boleto puede costar entre dos y cuatro soles, de acuerdo con lo "duro" de la película y su estado físico. Porque algunas veces las cintas están bastante deterioradas y es necesario suspender la función por algunos minutos.

Solo así, sí que se rompe ese sagrado silencio en la sala. Ruge la platea y medio millar de silbidos, amenazan con quemar el lugar. Hasta que entrecortados quejidos en estéreo y la dominante imagen color carne en la pantalla, vuelve a adormilar al respetable.

OJOS SIN ROSTRO

En realidad, no es necesario tener libreta electoral e incipiente bigote sobre los labios para asistir a una función de sexo en la pantalla. Bastan los tres soles cincuenta de la entrada y dos cigarrillos Winston para que el controlador de la puerta posterior del cine

Colón permita el paso. Pueden ser escolares o preuniversitarios haciéndose la vaca. Lo que pocas veces se verá serán damitas, salvo que entren con su pareja.

Pero los mezanines también son escenario de otras funciones. Muy aparte, personales, o mejor dicho bipersonales.

Los sábados a las seis de la tarde es posible observar enervantes parejitas que escogen el rincón más solitario y con buena visión de la pantalla para iniciar el diálogo del amor. Nadie ve ni dice nada, porque tal vez todo el mundo quisiera hacer lo mismo. Está demás decir que a estas salas raras veces entra una chica sola. ¡Ay de ella!

Pero no solo son jóvenes los seguidores de Lumiere; también hay caballeros maduros, hombres de aspecto trabajador, de gestos y movimientos cansados, y que por la magia de la cinematografía, al término de la función salen apurados, calentitos y con las dos manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón.

LA TRAMA

Si en cualquier película aspirante al Oscar la trama o el argumento es elemento importantísimo, en las películas de corte pornográfico es solo un pretexto para desvestirse. Sin embargo, hay algunas alucinantes excepciones. Como, por ejemplo, la historia de una azafata portuguesa que consigue recuperar su empleo gracias al chantaje al que somete a sus compañeros de vuelo, a los que ha fotografiado en sus más comprometedoras situaciones.

O el diario de una doméstica de casa aristocrática, testigo de una serie de relaciones en las que se dan todas las posibilidades del juego amoroso, y en los que termina participando. En síntesis, son estimulantes películas que recogen las fantasías prohibidas de hombres y mujeres, los deseos secretos de todo el mundo que nadie se atreve a confesar.

A estas salas está prohibido llevar papitas, helados o gaseosas. Solo se aceptan cigarrillos. Y se recomienda mantenerse alertas cuando por alguna necesidad urgente deba recurrir al baño de varones. Ocurre que películas como *Colegialas insaciables*, *El teléfono*

no rojo, Nacida para pecar, La doble boca de Erika, Seka la erótica y Clínica del sexo despiertan extrañas emociones entre algunos caballeros no tan machos. Mariconada, le dicen. Pero uno nunca sabe.

VIDEOMANÍAS

Los vídeos de renta ofrecen una bien surtida colección de películas en formato de VHS, cuya calidad de copia es discutible. Son famosas las ocho o nueve versiones de la serie *Taboo*, con subtítulos en español y actrices realmente bellísimas. O las cintas que anuncian encuentros de tríos, cuartetos y hasta quintetos. O solitarios, o tal vez relaciones entre jugadores y jugadoras de un mismo equipo.

Para los que quieren conocer emociones aún más fuertes, se ofrecen títulos sobre zoofilia. También hay dibujos animados, como *La Caperucita Roja contra el Lobo Feroz*, o *Blanca Nieves y los Siete Perversos Enanos*. Cuidado, estas películas no son aptas para menores.

Revista Sí, Lima 19 de Junio de 1995.

UNA CITA CON LOS CHAMANES CONVENCIÓN EN HUAURA

Huaura fue escenario de un encuentro de chamanes y curanderos. Hubo jugada de cartas, mesadas, pasadas de cuy, exposición de hierbas medicinales, y sobre todo mucha fe.

A pesar del sol del mediodía, iban emponchados. Con sus largas cabelleras cayéndoles sobre los hombros, e hirsutas barbas salpicadas de aguardiente. Olían a agua florida, tabaco, incienso y ron. Y por medio de invocaciones a los espíritus del bien -que moran en las lagunas encantadas de las Huaringas- intentaron limpiar de malas vibraciones a decenas de crédulos espectadores.

Era una mesada. Un rito de mucho tiempo atrás, que ha combinado elementos del antiguo Perú —frases quechuas y pasadas de cuy— con Occidente —ron caribe y espadas de aluminio—. Su escenificación corrió por cuenta de unos diez curanderos, procedentes hasta de los más oscuros y místicos rincones del país. Y se realizó durante el Primer Congreso Nacional de Articulación de la Medicina Académica con la Tradicional, en el pueblo de Huaura.

LA FUERZA DE LA FE

Los maestros curanderos saben que sin fe no hay amarre, seguro ni amuleto que valga. Por eso, cuando a las once de la mañana un sujeto se despojó de la camisa y empezó a ser tratado por los maestros, lo primero que se le dijo fue “vamos hermano, ten fe, piensa en el florecimiento, y repite con nosotros: me voy limpiando, me voy levantando, me voy curando...”

Los chamanes parecen entrar en un trance profundo cuando realizan una limpieza. El que parece el curandero principal musita unas plegarias. Sus acompañantes, que actúan como asistentes espirituales, saltan alrededor, gritan y agitan los brazos. “Ellos me dan fuerzas”, dice el maestro. De cuando en cuando varios tragos de Cartavio son lanzados sobre el pecho y la espalda del paciente.

Todo dura no más de cinco minutos. El hombre queda extenuado, aterido y bañado en licor. Poco después confiesa que se siente recuperado, que poco a poco una agradable sensación de paz invade su cuerpo y alma. El asegura que ya está curado.

HABLAN LAS CARTAS

Hay una extraña predisposición de la gente a creer en el esoterismo, en las ciencias ocultas, en la magia y en el encantamiento. Tal vez por eso existen los chamanes, “los únicos y verdaderos intermediarios entre el cielo y la tierra”, según nos dijo una viejecita antes de hacerse leer la suerte con la baraja.

El jugador de cartas es un joven de aspecto preuniversitario, que parte y reparte con habilidad. Le pide a la señora que recite su nombre completo tres veces. Luego guarda absoluto silencio.

Uno puede pasarse toda una tarde observando esta pequeña ceremonia, y no podrá entender los misterios de la adivinación. Ni por qué en vez de cobrar una tarifa, este muchacho pide una voluntad. Claro, “de la voluntad en la propina depende la buena suerte”, dice.

Sus manos ágiles arman y desarman los naipes españoles, mientras sus ojos se clavan en los de la señora. Es como si con la mirada intentara escudriñar su alma. Le dice que hay una mujer en la vida de su hijo, que pronto tendrá noticias, que se presentará un viaje y que habrá muchas dificultades. Pero después de todo, “como verá, sale la carta del triunfo. Sí, usted ganará”.

Fin de la ceremonia. Los chamanes y curanderos recogen sus bártulos y se da por terminado el encuentro.

LA SUERTE DEL CUY

Un pequeño y aterrado cuy negro macho es el eje de otra ceremonia: la pasada de cuy. El ejecutante es el Chamán del Norte, hombre maduro, alto y corpulento. Posee una poderosa voz, varias sortijas de oro en las manos, y un teléfono celular portátil.

Con el cuy cogido por el cuello en una mano, el Chamán del Norte da inicio al rito. El pequeño animal es frotado contra la frente, la nuca, la espalda y el pecho del enfermo. Se le pide buena salud. Tres minutos después, el cuy ha muerto “al limpiar las malas vibraciones”.

Nadie puede interrumpir a este hombre mientras realiza este trabajo. Lo asiste otro sujeto, de poncho marrón, con maracas en las manos y que canta en quechua.

Huele a incienso y a perfume. Bañado en sudor, el Chamán termina la pasada, y en una mesa abre el vientre del cuy. Revisa el corazón, el hígado, se detiene en los riñones. “Aquí te duele. Tienes una fuerte inflamación. Mucho ají y mucho trago. Y también muchas mujeres. Voy a darte algo para que tomes y vas descansar algunas semanas. Después vuelves para ver cómo te va”.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Huaura, 02 de julio de 1995.*

SOLO PARA SUS OJOS
CALLE DE LOS MIRONES O EL HÚMEDO JIRÓN
DE LAS REVISTAS USADAS

“Es Sharon Stone, y me ha mirado desde ese mostrador...Y yo he sentido un leve temblor que me recorre desde el cabello hasta los zapatos...Y he pensado en cómo sería conversar con ella, sentir su deliciosa voz con aroma a crema dental hablándome en inglés, masticando el castellano, riendo mientras se anima a beber de un vaso de chopp..”

“...Sí es Sharon Stone, con su risita malévola, con su mirada sensual y cálida, que no anuncia un pica hielo en sus manos, con su mentecilla criminal de bajos instintos...Mientras yo insisto en intentar tocar su piel desnuda, su carne suave y perfumada, tibia...Para llevármela a casa, para estar solito con ella en mi cuarto, escuchando a The Doors con la puerta cerrada...Para observarla hasta el cansancio, así como está ahora, apenas cubierta por una sábana de seda...”

“Es Sharon Stone, y la voy a hacer mía, a pesar de no haber almorzado, a pesar de tener solo algunas monedas en el bolsillo del pantalón...A pesar que el dueño del puesto me mira fastidiado, porque hace rato que tengo esta *Playboy* en las manos, y no me decidido a pagar los siete soles que me cuesta llevarme a mi Sharon Stone en *full* color a mi casa...”

PÁGINAS CON HISTORIA

Avanzan a paso de tortuga los numerosos autos y camionetas en el cada vez más terriblemente congestionado jirón Lampa. La gente se pierde entre una maraña de cables eléctricos, plomizos tubos de PVC para agua y desagüe, y lechosos fluorescentes para iluminar tiendas y restaurantes.

En la esquina de la primera cuadra de Lino Cornejo, rimeros de revistas de todo tipo, tamaño, color y procedencia, escritas en castellano y otros idiomas, se arruman sobre unos tabladillos mohosos. De vez en cuando uno de los numerosos vendedores agita

un traposo sacudidor, que ahuyenta polvo, moscas y polillas y muchos mirones, estos últimos detenidos casi para toda la eternidad delante de las revistas más diversas que se pueden ver en Lima.

Allí están *Hola*, *Vea*, *Gente*, *Calendas*, *Oiga*, *Zeta*, *Caretas*, *Equis*, etc., humedeciéndose mañana, tarde y noche bajo la sucia llovizna de Lima. Publicaciones antiguas, de olvidados artículos, informes, crónicas y reportajes. Con fotos que fueron premiadas en su momento, que registraron el detalle preciso, como la muerte de un periodista en Biafra, o la toma de la ciudad de Saigón. Imágenes y textos que en sus buenos tiempos fueron famosos, y que hoy no valen más de un sol cincuenta.

También se muestran las inolvidables *Selecciones*, tamaño bolsillo en inglés y castellano, y las veteranas *Life* en español, con los testimonios de los bombardeos en el delta del Mekong o en Argelia. Historias del mundo en tamaño condensado, la vida en resumido, los dramas en unas cuantas páginas a color o en blanco y negro.

Cuestión de gustos, uno puede seguir la pista de *Asimov*, o las modernas y científicas como *Conocer*, o médicas como *Buena Salud*, o las sublevantes *Revoluciones Mundiales* a entre tres y cinco soles cada una.

UN RINCÓN PARA OBSERVAR

La gente siente un extraño gustito al haber satisfecho su interés por conocer. Sobre todo los varones —aunque no lo crea, muchos más curiosos que las damas—, que prefieren disfrutar de lo prohibido y misterioso, y espiar lo ajeno. Eso se puede ver en toda su magnitud en la primera y segunda cuadras de la calle Lino Cornejo, a unos pasos de la bulliciosa y ferretera Lampa.

El mirón de Lampa y Lino Cornejo es de un tipo muy especial. No es como el intelectual, de anteojitos John Lennon, y barba entre cana del jirón Quilca, que examina detenidamente los últimas publicaciones de Bryce, Cueto, Ampuero o Alvin Tofler. O que busca casetes de *blues*, la nueva ola, Facundo Cabral o Plácido Domingo, entre polos con lemas románticos, ecológicos y de protesta.

Tampoco como estudiantes de instituto, que pululan por puestos de revistas de la avenida Wilson. Esos, que llevan un fajo de *diskettes* bajo el brazo, y que buscan una copia del *Manual para Microsoft Word 6.0*, un libro de *Análisis matemático I y II*, o tal vez la versión pirateada del *Windows 95*.

Los revisadores de revistas de Lampa y Lino Cornejo son muy diferentes de los ávidos y proletarios busca libros de Grau. Estos son de manos callosas, oscuras y obreras, tipos estudiantiles también, pero de mecánica, refrigeración, diseño gráfico, electricidad, que algún día esperan encontrar el fascículo de *Bruguera* con el circuito perfecto.

Semblantes iluminados o grises, rostros jóvenes o maduros, que se acercan descuidadamente, y que cogen una revista en castellano, inglés, francés o alemán como quien no quiere la cosa, son los de Lampa y Lino Cornejo.

Ellos analizan detenidamente las más hermosas y atrevidas formas femeninas de nuestro planeta. Pueden parecer sufridos empleados públicos, folder manila bajo el brazo. O también estudiantes preuniversitarios con friolentas manos en los bolsillos calenturientos. Todo depende del ejemplar de *High Society* que lleven en la mano.

Soñar no cuesta nada, y en Lampa menos aún. Uno puede mirar y mirar casi sin ser molestado, pensando en robarse a una de las muñecas de *Penthouse* y llevársela para la casa. A pesar de la distancia hasta Comas o Villa El Salvador. A pesar de no contar con otra camisa más nueva que la puesta. A pesar de que en realidad nadie se iría con uno, así como es, nariz larga, cabellera hirsuta, un metro sesenta de estatura y ninguna tarjeta de crédito en el bolsillo.

Pero, cuidado, mirar demasiado puede resultar caro. Así que vaya tranquilo y por la sombra. Tal vez se le haga el milagro. Y puede ser que tras aquella puerta que se entreabre se encuentre no la chica de siempre, sino nuestra Sharon Stone.

Revista Sí, Lima, 11 de setiembre de 1995.

LA SUERTE EN LIMA

La suerte está de turno. No duerme ni descansa. Está activa las veinticuatro horas del día, en las mesas de *Baccarat* y *Black Jack*, en las ruletas *Big Six*, en los dados y en las maquinitas tragamonedas que hay distribuidos por todo Lima.

Y sin embargo, no hay nada escrito sobre el origen de los juegos de azar. Se sabe que es una pasión humana muy antigua y difundida. Jugaban los griegos, los celtas y los vikingos. También los mosqueteros de Dumas, el jugador de Dostoievski, y los personajes de Ian Fleming. Jugaba al rocambo el Gran Mariscal Ramón Castilla, de quien Ricardo Palma decía que era generoso en la victoria y solidario en la derrota. Y a los pies de Cristo de la Cruz, los soldados romanos dejaron que los dados señalaran al nuevo poseedor de su túnica santa.

Los casinos, más o menos como hoy los conocemos, nacieron en los Estados Unidos del siglo pasado, poco después de la guerra civil. Había que buscar la forma de entretener a las numerosas y belicosas tropas unionistas del norte. Así, poco a poco fueron surgiendo las primeras casas de juego dentro de bares y cantinas, sobre todo en el estado de Nevada.

En esos tiempos heroicos, había que ir preparado para ganar, perder, y tal vez morir por un puñado de dólares. Abundaban los tahúres, sobre todo durante la fiebre del oro en California. Eran hombres tan rápidos con las cartas como con el revólver Colt 45, que invariablemente llevaban colgado al cinto.

Hoy, Las Vegas es sinónimo de suerte y fortuna, pero no se quedan atrás las salas de Hong Kong. Sin embargo, el casino más grande del mundo sigue siendo americano —el Grand Chief— que se encuentra en la Reserva India de Kentucky. Recibe más de un millón de visitantes por año, y tiene un costo operativo diario de seis millones de dólares.

PEQUEÑO LAS VEGAS

El auge del turismo en nuestro país y la fiebre de juego que afecta a los limeños hacen surgir la posibilidad de que en poco tiempo Lima se convierta en el pequeño Las Vegas de la región. Armar un casino elegante no es empresa fácil, pues significa invertir alrededor de dos millones de dólares en infraestructura y equipos, y respetar un conjunto de dispositivos legales creados para brindar seguridad al jugador.

Pero ya existen varios casinos criollos que mueven unos 2'500,000 dólares al mes. En realidad, para jugar no es preciso tener muchos billetes en el bolsillo. Hay mesas donde se puede apostar desde un dólar, así como hay otras donde no se puede participar por menos de 25, 50, 100 o mil dólares americanos.

Los limeños prefieren el popular *Black Jack*, donde pueden ganar o perder su dinero muy rápidamente. Pero no desdeñan al Póker Caribeño, que paga bien, ni la emocionante Ruleta. Más al alcance de chicos y grandes se encuentran las tragamonedas.

Así como en los años 80 se pusieron de moda los juegos electrónicos “pinbol” —cuyo heredero es el Nintendo—, en los 90 las tragamonedas se imponen no solo en los exclusivos hoteles mirafloresinos, sino también en los barrios periféricos. Encontramos muy concurridos entre las avenidas Perú y Universitaria, en Sáenz Peña, Callao, y en la Plaza San Martín.

SEÑORAS, CASACAS Y JEANS

Los jugadores no visten *smoking* a lo agente 007, sino *jeans* desteñidos y casacas de cuero. Son ambulantes, estudiantes preuniversitarios, o señoras aburridas de pasarse los días metidas en casa frente al televisor. Muchas de ellas abandonaron el bingo por el tintinear de las moneditas de feble, un cigarrillo en los labios y una copa de *whisky*.

Vienen casi a diario, se sientan ante la tragamonedas, y con metódica paciencia introducen una a una las fichas en la ranura. No

se inmutan cuando ganan, ni cuando pierden. Y si ven que la suerte no les sonríe, sacan sus propias cartas. No es para jugar sino para adivinarse la suerte y apostar.

Dealers, anfitrionas, maquinistas y agentes de seguridad forman el variopinto grupo de trabajadores del juego. Porque los casinos son centros de empleo importantes. Hace poco, un casino abrió 150 vacantes y se presentaron 800 postulantes. La mayoría con estudios de turismo, hotelería e idiomas.

La formación del *croupier* (talladores de juego) está a cargo de instructores antillanos. Ellos se encargan de enseñar las diversas técnicas del *Black Jack* —el famoso 21—, el *Baccarat*, la Ruleta, el Póker Caribeño, los *Crapps*, el *Chemin de fer* y el *Pai-Kao*, un juego chino parecido al dominó.

EXCESO Y LOCURAS

En el deslumbrante mundo de los dados y casinos, no todo es alegría y diversión. Llega un momento en el que se puede traspasar el umbral del razonamiento, y sufrir la temida pasión compulsiva por el juego. El sujeto llega a perder el sentido de la realidad y se obsesiona por continuar jugando.

Deja de lado el tiempo, y su real identidad, hasta desembocar en un ensimismamiento. Y cada vez que pierde se descarga de su frustración con apuestas nuevas, para tratar de curarse con una nueva dosis de esperanza. Esta obsesión puede necesitar de un tratamiento especializado. Si usted conoce a algún jugador de esta índole, dele un consejo antes de que termine de apostar hasta las medias.

Diario El Comercio Suplemento El Dominical.

Lima, 15 de Octubre de 1995.

COSTUMBRES PIURANAS

CHICHA, VELACIONES Y VIRINGOS

Así en medio del inclemente desierto de Sechura se levanta la ciudad de Piura, un oasis encantador. Allí crecen los algarrobos, suceden las velaciones de noviembre, abundan las chicherías, y se puede probar la bebida de jora del norte peruano. Conversar con los muertos tampoco es infrecuente.

NOCHE DE ESPÍRITUS

Salimos de Piura por un camino calcinado por el sol. A los quince minutos estamos al sur de la ciudad, en Catacaos. Es hora de prepararnos para el día: la noche de los difuntos.

El cementerio es el escenario. Familias enteras rezan el rosario y encienden velas junto al altar principal, o al pie de la tumba del finadito. El lugar destila calor y fresco perfume a flores recién cortadas y conforme se acerca la noche se encienden los primeros fluorescentes de 32 watts, y los focos de 25, alquilados esa misma mañana a 4 soles la amanecida.

Martillea sin descanso el generador de diez mil kilowatts, capaz de iluminar de sobra las casi 8 mil tumbas presentes. Allí reposan para siempre decenas de Chero, Cherre, Panta y Chunga. Son los apellidos típicos que se entremezclan con otros aún más típicos como Lalupú, Sirlupú, Macalupú, Chanduví, Ipanaqué, Yarlequé y Yamunaqué. Casi todos tienen que ver con las culturas Tallán y Vicús.

DESPUÉS DE LAS DOCE

La noche ha llegado. Estamos entre plegarias de ancianas de luto, niños descalzos ofreciendo ramilletes de paquetes de velas, y muchachos provistos de refrescantes jarritas de clarito de chicha.

Porque los vecinos cataquenses aprovechan la oportunidad para ofrecer en los alrededores del campo santo y a las puertas de sus casas una serie de potajes que solo se ven en la región, y en

ocasiones muy especiales: angelitos dulces y rosquillas de muertos, pellejitos con relleno y pepián de pato, mazapanes de maíz y acuñas de Chulucanas, tamalitos verdes y caldo de pata, pescado pasado por agua y cachema encebollada. Y lo que nunca falta: la pollipapa con ají y mostaza.

OLLAS BENDITAS

Las chicherías, donde se cocina y vende chicha y picantes, se han convertido en el lugar ideal para probar la deliciosa comida norteña. Muy pocos se pueden resistir al aroma de una cancha de maíz “muela de caballo” del alto Piura —Morropón, Canchaque, Bigote—; recibimiento acostumbrado en las antiguas picanterías de la región.

Luego vienen los tamales de choclo rellenos con lechuga, ají, huevo duro, aceituna y culantro o el pepián criollo, o los moros con cristianos —arroz y frijoles chilenos—, o el majadito de plátano, o el seco de chabelo, o el aguadito de pavo, o el picado de lisas, o los sudaditos de caballa...

CHICHA PARA EL CRISTIANO

Después de tantas comas, la chicha de jora merece un punto aparte. Se prepara con maíz molido, que antes ha sido remojado durante una noche y secado en la oscuridad de tres días. Hierve por 12 horas, a leña de algarrobo y en ollas de arcilla, removiéndose de vez en cuando con una cuchara de palo de zapote, llamada respetuosamente La vieja.

Se trasvasa al tinajón de enfriamiento, se mezcla con un masado de afrecho, y se cuele. Al día siguiente se recocina a fuego lento, viene otro colado, y a los cántaros de fermentación. Un día y una noche son necesarios para que suba la espuma y quede lista para beber.

Chicha hay para todos. Tenemos la chicha madura, que es cuando está bien fermentada y en su punto; la chicha hijera con pata de

toro, para las parejas recién casadas; la chicha mellicera, para los que quieren tener hijos de a dos; la asentadita, la clarita, la canillona, la pastosa, la esculpilona, la faltosa, la turbia, entre otras.

De buen beber, de buen comer, y de buena gente: Así es Piura, una ciudad donde se siente bien todo el año tanto el cholo bien plantao como el forastero.

PICANTES Y POTITOS

Las picanterías o chicherías tienen nombres muy singulares y pintorescos, relacionados casi siempre con el quehacer de sus propietarios. Existen tales como la Malgeniada —donde los mozos son muy serios y efectivamente malgeniados aunque graciosos—, la Lázara —de banderita blanca—, la Jijuna —por lo audaz de sus recetas—, o La Calzón con hueco —que no necesita mayor presentación—.

Los potitos, que son mates o calabazos esféricos y achatados, sirven generalmente para beber la chicha. En el bajo Piura —Sechura, La Unión, La Arena, Catacaos— es común escuchar a la propietaria gritar desde la cocina: “¡Pascuala, dale el potito bien limpio al señor!”, frase inocente que indica una orden de chicha clarita. También hay los potitos aliñero, para guardar condimentos; potito chapador, como recipientes de leche; potitos contadores, ideales para hacer quesos; potito graneador, para el arroz; y potito tostador donde se prepara la cancha. Y los cojuditos, unos minipotitos que sirven para probar si la chicha está buena.

LOS VIRINGOS

También conocidos como perros chinos, o calatos, estos simpáticos e inteligentes animales son originarios de Sechura, donde hoy, por cierto, ya no se encuentra uno vivo.

Deben su absoluta falta de pelo a la necesidad de hacer frente al calor intenso de la región norteña. Según la tradición, estos perros, cuya piel desnuda es caliente, alivian las dolencias reumáticas que sufrían los antiguos tallanes.

Negro y Vampi, son los fieles compañeros del doctor Raúl Mata, y los únicos perros viringos de raza que se encuentran en Piura por estos días.

Diario El Comercio, Suplemento El Dominical.

Lima 5 de noviembre de 1995.

EL MARINERO DE KIEV

Tendido sobre la mesa de urgencias, solo recordaba el doloroso foganazo que lo sacó del sueño. Frente a él los médicos pensaron que tal vez eso hubiera sido lo último que el infeliz ucraniano hubiese visto en su vida.

Solo tres operaciones fueron suficientes para que el doctor Rodolfo Yzu realizara una increíble obra de arte en el rostro de Oleg Yarema. Hoy, a siete años de la explosión de la bomba, solo se observan pequeñas cicatrices. Más parece que el marinero se hubiera caído de una bicicleta.

Esa noche, el noticiero de la televisión informó escuetamente que 33 ciudadanos soviéticos fueron heridos en un atentado. A eso de las once de la mañana del 5 de julio de 1989, un sujeto de uniforme escolar tiró una “mochila-bomba” bajo un autobús de turismo estacionado en la cuadra 38 de la avenida La Marina, y se alejó corriendo.

Se dijo que eran tripulantes de uno de los barcos inscritos en el convenio pesquero entre Perú y la URSS. Que habían ido a comprar artesanía al bazar Albatros. Que catorce mostraban lesiones de cuidado. Y que el ataque era consecuencia de la venta de helicópteros Mi-8 contra la subversión.

Nada se habló del marinero Oleg Yarema, ni cómo había quedado su rostro.

MANOS MARAVILLOSAS

El doctor Rodolfo Yzu trabaja en la clínica Virgen del Carmen, y recuerda con claridad el incidente. “Llegaron varias ambulancias y pronto me presentaron ante un caso excepcional. Era un muchacho que tenía desgarrada parte del rostro. El lado izquierdo era solo una masa en la que no podía ubicar el ojo.”

Este joven cirujano plástico peruano formado en Brasil y discípulo del famoso Yvo Pitanguí reconstruye partes y funciones dañadas del cuerpo humano. Y además trata de dejarlas tal como se veían antes del accidente.

Pero este caso era algo que jamás había visto. “Algunos colegas me recomendaron cerrar la herida sin mayores complicaciones. Es decir, trabajar en la reconstrucción y dejar la tarea estética para después. Con eso perdía una gran oportunidad. Al suturar de inmediato había que desechar tejidos, como el párpado, que después reemplazaría por injertos de piel de la pierna. Pero jamás quedaría igual.”

Yzu resolvió combinar la cirugía plástica con la reconstructiva. La operación duró tres horas. “Había una hinchazón tremenda que dificultaba la extracción de pequeñas esquirlas de madera y metal.”

Según contó después Oleg, ni bien abordó el bus se quedó dormido, inclinado sobre el asiento delantero. Por eso, mientras el estallido bajo el vehículo hirió a los demás marineros en pies y piernas, a él le afectó la cara.

La operación fue un triunfo. Yarema salvó la vista y vino la convalecencia. Sin embargo, el marinero ucraniano estaba desesperado. Temía que al regresar a la URSS los declararan inválido y condenaran a recibir una pensión mínima: varias veces atentó contra su propia vida. “Si dejan que me regresen así, mi vida se habrá acabado”, rogaba a sus compañeros.

El doctor Yzu resolvió ayudarlo. Además, el caso se le presentaba como un reto profesional. Jamás había tratado una herida producida por una onda expansiva. Era la oportunidad de poner en práctica todas las enseñanzas del doctor Pitangui, y lo más importante, recomponer una vida.

DESDE UCRANIA

En realidad, Oleg jamás debió haber estado ese día en el autobús. Aún no le correspondía gozar de las 48 horas de descanso quincenal propio de los tripulantes de los barcos arrastreros de SOVINCA. Sin embargo, la licencia le fue otorgada por una situación excepcional.

Los pesqueros se internan en el océano durante semanas, y son aprovisionadas en alta mar por otros barcos. Estos se ubican a un

costado y lanzan un cabo. Una soga, en la jerga naval, que es recogido por los tripulantes de la otra nave. Cuando el mar está picado se corre el riesgo de enredar la hélice. Precisamente esto es lo que le ocurrió al buque de Yarema.

Sin dudar un minuto, el antiguo integrante del equipo olímpico de natación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas saltó al mar templado, se deslizó hábilmente hasta la hélice de la nave, y cortó la soga con un puñal de caza submarina. En recompensa, su capitán le dio dos días de asueto. Fue un error.

Años después, un periodista de El Dominical de visita en Kiev, la capital de Ucrania, fue presentado a un grupo de personas. De pronto, uno de los ucranianos se identificó como ex marinero que trabajó en la flota pesquera destacada en Perú. Era Oleg Yarema.

“Quiero expresarle mi agradecimiento y cariño por su país”, dijo emocionado. Recordó las noches que pasó en el barco observando las luces del Callao, los cebiches con mucho ají, las cervezas heladas, en fin... el cariño de los chalacos. Y especialmente al médico peruano que evitó que su vida se transformara en un infierno.

En Lima, Rodolfo Yzu cuenta que se hicieron amigos y escribieron cartas durante algún tiempo. “Sé que tiene un par de niños”, dice. Pero con el derrumbe del imperio soviético le perdió el rastro.

“Hace años que no sé dónde se encuentra”, cuenta el médico con un tono de tristeza. Pero de lo que sí está seguro es que el marinero ucraniano recuerda al Perú. Sobre todo, cuando cada mañana se mira el rostro frente al espejo.

*Diario El Comercio Suplemento El Dominical.
Lima, 26 de Noviembre de 1995.*

LAS DAMAS DE LOS MARES

MUJERES OFICIALES EN LA ARMADA PERUANA

Soltamos amarras y navegamos a casi tres nudos por hora. El mar zarandea la pequeña embarcación, levanta espuma, moja la cubierta, y amenaza con barrernos. Y sin embargo ellas no muestran el más mínimo temor, están en su mundo: son oficiales de la Armada Peruana.

A poco dejamos atrás los espigones de la Escuela Naval y nos internamos en el océano. Quince minutos después nuestra lancha toca un costado del BAP “Montero”, “La mar está picada —nos advierte la Teniente Segundo Cristina Mendoza— tengan cuidado al subir”. Aunque la escala se mueve de arriba abajo y está mojada, de un salto logramos abordar. “¡Firmes!”, grita el oficial de guardia, y ordena saludo. Es la primera vez en la historia de esta misilera que se le rinden honores a una dama.

ENSALADA Y FRIJOLES

Más temprano las habíamos encontrado en sus camarotes de la Escuela Naval, en La Punta. Mujeres y jóvenes al fin, las tenientes segundos AP no terminaban de acomodarse las gorras, lustrarse los zapatos, eliminar cualquier pelusa del bien planchado uniforme. Y, por qué no, aplicarse discretamente unas gotitas de suave perfume en sus delicados cuellos.

Hasta hace poco, estas 18 profesionales, entre las que se cuentan guapas ingenieras, psicólogas, educadoras, comunicadoras sociales y arquitectas, vestían tacones y trajes de civil, y laboraban en empresas e instituciones particulares. Pero un día escucharon “el llamado del mar” y lo dejaron todo por el uniforme de la Marina de Guerra.

“Mucho ha cambiado en nuestras vidas —nos cuenta la teniente Roxana Ortiz—, pero lo más duro fue acostumbrarse a madrugar”. En la Escuela Naval, el día empieza a las 5 y 45 de la mañana, cuando todavía reina la oscuridad, el frío y el viento marino.

La Armada, por su parte, también ha debido cambiar un poco. Por ejemplo, hay menos frijoles y más ensaladas a la hora del almuerzo. Menos ejercicios físicos y más estudio a la hora de la instrucción. Menos gritos y frases fuertes a la hora de dictar órdenes. Pero siempre existe el trato enérgico y la disciplina.

Ellas, que el próximo año conducirán al contingente de nuevas aspirantes a cadetes navales, y después serán destacadas a puestos de importancia en la institución, en poco tiempo han debido de aprenderse las partes de un buque, la terminología náutica, los principios de navegación, los ejercicios de combate, el remo y la vela....

Han estado en la selva y en el norte, han manejado el fusil y la ametralladora, han aprendido las técnicas de patrullaje con la Infantería de Marina, y todavía les queda sus inconfundibles rasgos femeninos.

Hoy saben, por ejemplo, que el sextante es un viejo instrumento de navegación astronómica, que aún sirve para calcular la posición de un buque mediante la altura de las estrellas. Saben también que “cabeceo” significa que la nave se inclina hacia delante, “balance” es cuando se bambolea a los costados y “rolido” es un revoltijo de todo lo anterior en una noche de tormenta.

EN UNA MISILERA

La fragata “Montero” es una nave de guerra construida enteramente en nuestro país. Está armada con misiles y posee moderna tecnología de comunicaciones, radar, navegación y combate. Hoy nos recibe junto con las señoritas oficiales, ante la sorpresa de los más viejos tripulantes. Pensar que en unos años una dama con el grado de capitán de fragata podría dar órdenes desde la silla de comandante.

Este es un ambiente cómodo pero nada especial. El baño es pequeño, pero no tanto como en los submarinos. La cocina es de nivel internacional —dicen los comensales—, hoy prepararon *filet mignón* con crema de verduras y café. A nosotros nos invitaron tan solo gaseosas.

A lo largo de su pasadizo principal la nave exhibe numerosos escudos obsequiados por las Marinas de Guerra de países amigos. Figuran los presentes de Venezuela y Argentina, y placas de metal recordando las diversas participaciones de la “Montero” en los ejercicios UNITAS con los Estados Unidos.

Se hace tarde. Cuando el reloj de esta fragata marca las ocho de la noche, es hora de partir. Salimos a cubierta y observamos la negrura del mar: ¡Estremecedor! El oficial de guardia en el portallón —escalera de ingreso a nave— sopla un pito tres veces y dice: “¡Firmes!”

Entonces, la Teniente Segundo Patricia Peral se cuadra, junta los tacos, saluda militarmente, y junto con sus cuatro compañeras de uniforme se dispone a descender. Es difícil abordar una lancha con la mar picada. Peor cuando reina la oscuridad. Las breves luces de otros barcos a lo lejos nos acompañan por unos minutos. Luego nada, solo la embarcación peleando contra el oleaje y nosotros los reporteros luchando con nuestro miedo.

Nos agarramos fuerte y en eso observamos a estas damas de uniforme. Muestran serenidad, dan confianza y, por qué no decirlo, nos avergüenzan un tanto. No cabe duda, pensamos, ellas son verdaderas oficiales de nuestra Armada.

Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.

Lima, 12 de Octubre de 1997.

CRÓNICA DE ULTRATUMBA EN EL PRESBITERO MAESTRO

Escenarios de la tristeza cotidiana, los cementerios son lugares donde nadie quisiera ir pero que al final todos terminamos yendo. *El Dominical* se internó una noche en el Presbítero Maestro para recorrer sus vericuetos y conocer si en verdad es una “casa de los espíritus”, o solo el lugar donde reposan para siempre los restos de nuestros seres queridos.

“¿Está usted loco? ¿Al cementerio a esta hora...?”. Otro taxista que se negaba a llevarnos a la más vieja “ciudadela de los difuntos” de Lima. Pero debíamos cumplir con la cita: diez en punto de la noche, puerta tres del Presbítero Maestro. Cigarrillos, un termo con café y, por si acaso, una estampita del Señor de los Milagros nos acompañó en la estremecedora jornada.

Llegamos. ¡Hay fiesta en el camposanto!, pensamos alarmados al escuchar un bolero de Luis Miguel a todo volumen. En realidad son tres floristas borrachos que, junto a un quiosco, brindan deseándose larga vida, paz y prosperidad. De pronto, una sombra surge tras un árbol raquíutico, y con voz de ultratumba nos dice: “Bienvenidos. Soy Hermógenes Flores, su guía para esta noche”.

Chirria la reja centenaria, entramos. El camposanto parece un barrio dormido, pero cuando nos disponemos a avanzar aparecen unos ojillos centelleantes, un rugido amenazante...

Tranquilos, son Bobby, Randy y Sultán, unos perros medio vagos que “pernoctan” por aquí. Nuestro guía dice que nada malo ocurre hasta antes de las doce. Pero cuidado, porque a partir de esa hora, nunca se sabe...

CASA DE LOS ESPÍRITUS

Silencio. Ya casi es medianoche. Recorremos los cuarteles más antiguos donde yacen los antepasados de medio Lima. Leemos nombres que nos parecen familiares, pero pertenecen a seres que

rieron y lloraron, que sufrieron y gozaron, que amaron y odiaron, en fin, que vivieron hace casi un siglo atrás.

De pronto nos detenemos en el pabellón de la Resurrección, al pie de una tumba humilde. Es de doña María de la Cruz (27 de marzo de 1810), el primer entierro en este centenario camposanto limeño. Un viento helado nos invade de pies a cabeza.

Atravesamos las “zonas pesadas”, callejones y plazuelas por donde hasta el más “guapo” teme andar. Allí está la cripta del Mariscal Castilla, la tumba de Alfonso Ugarte, el sepulcro del poeta Chocano, enterrado de pie según propia voluntad. A nuestro alrededor, poco a poco, la neblina lo va cubriendo todo. La muerte no discrimina

Seguimos con este *tour* de medianoche hasta toparnos con la lápida de Bernardo Monteagudo, prócer de la Independencia fallecido el 28 de enero de 1825. Fue un hombre importante. Reflexionamos un instante sobre las jugarretas de la vida. Hombres ricos, militares de alto rango, honorables jueces, ministros de Estado, en su tiempo dueños del poder yacen aquí junto a humildes albañiles, pescadores, soldados rasos y niños inocentes. La muerte no discrimina, tarde o temprano nos lleva a todos.

Por ejemplo, don Juan Antonio Távara, primer presidente de la Cámara de Diputados, muerto el 6 de abril de 1831, está enterrado a pocos metros del pequeño Ricardito, un popular “santo de los cachueleros”. Dicen que éste es muy milagroso con los gasfiteros, pintores, taxistas y lava carros. Su tumba siempre luce flores frescas y...

“¡Eso fue un grito! ¡Alguien está pidiendo ayuda!”. “Calma”, nos dice don Hermógenes, “solo es el canto de una lechuza, frecuente en este sitio”. Antes, cuando el agua corría por los canales e inundaba los jardines del cementerio, se oía el croar de ranas y sapos. Y maullido de gatos. Ahora no siempre son voces felinas las que de vez en cuando surgen del entristecedor pabellón de los parvulitos. Allí donde están sepultados centenares de menores de tres años, muchos sin bautizar, a veces se escuchan voces y llantos inexplícables.

En esta ciudad del sueño eterno, donde sólo hay lugar para la oración, un día hubo espacio para la maldad. Dicen los viejos enterradores que pasadas las seis de la tarde hallaban junto al mausoleo de Sebastiana A. de Berrío (19-7-1898), “mujer virtuosa y buena madre”, ataditos de ropa interior erizados de alfileres, velas negras, cebollas machos y fotos tijereteadas. Magia negra, dicen. Detalle desconcertante es que sobre su lápida reposa un búho de piedra.

El cementerio, soledad y sufrimiento. Territorio del frío, lugar desagradable y a la vez inevitable, donde, tal vez, tarde o temprano todos iremos a parar. QEPD

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 02 de noviembre de 1997.*

UN MAR DE HISTORIAS

VERANO

Una toalla de felpa multicolor, un pantalón corto o un bikini de lunarcitos, medio chisguete de bronceador en crema, y tan solo cuatro soles para los pasajes de ida y vuelta. Sí, eso es todo lo que se necesita para pasar una tarde inolvidable bajo el sol, sobre la arena, remojándose en las aguas de cualquier playa, y mirando sin pudor los cuerpos femeninos o masculinos —hay gustos y gustos— más hermosos de la creación divina.

Puede ser en Santa María o en Marbella, en Los Pavos, en Punta Roquitas, en Santa Rosa, o tal vez en San Bartolo. Incluso en Cantolao o en la infestada y por muchos rechazada Costa Verde. Los veraneantes de este nuevo año están completamente seguros que lo verdaderamente importante de la vida es escapar de la realidad y darse un chapuzón en el mar.

La clave es nadar un poco más allá de la orilla, tostarse sin cuidado, y si el bolsillo aguanta beberse un par de *chelas* bien heladas, comerse un cebiche picante, y olvidarse para siempre que más allá del acantilado existe el infierno de la urbe, con sus fábricas y sus oficinas, sus combis atestadas de viajeros, sus impertinentes teléfonos celulares, y sus menús de a siete soles. En fin, la idea es borrar de la memoria las cuentas del teléfono, los anémicos sobres de pago, y a los siempre insatisfechos jefes encorbatados y cascarabias del centro laboral.

Por eso, a pesar de las congestiones en la avenida Tacna, de la incomodidad de viajar en colectivo y del sudor insoportable y pegajoso que nos impide abrazar y ser abrazados, besar y ser besados, tocar y ser tocados... ¿No vale la pena pasar una tarde en la playa?

ARENA BLANCA, MAR AZUL

Dos mil seiscientos kilómetros de playas marinas posee nuestro país, desde Punta Sal en Tumbes hasta Boca del Río en Tacna. Es

imposible no encontrar un lugar para nadar, bucear, correr olas, remar, pescar o simplemente mirar el atardecer marino con una muchacha en el brazo izquierdo —con el perdón de las feministas—, y una radio a pilas tocando un tema del grupo Maná.

Misteriosas e insondables son las playas. Como algunas experiencias sentimentales de índole fatal, primero nos hacen sentir que sin ellas la vida no sería igual, hasta que de pronto y en un descuido las olas nos revuelcan sin misericordia, nos jalan a contracorriente, nos hacen comer arena, y luego nos expelen exhaustos, como náufragos sobre la costa.

No obstante siempre regresamos, a sabiendas de todo. Mas, ¿por qué lo hacemos? ¿Qué esperamos encontrar verano a verano de cara al sol y al mar? Pocos responden con claridad. Algunos lo hacen con un tímido “no sé”, otros con un “me gusta y nada más”, como exclama con voz ronquita una tal Paola. Metro sesenta de estatura y cincuenta y cinco kilos de peso embutidos en breve traje de baño color melón. Esta sirenita de la playa Waikiki confiesa que estudia computación e inglés, y su mayor aspiración —esperamos que sea solo por la calidez del verano—, es que Jaime Bayly le diera un beso.

Sueño de muchos es Claudia Schiffer corriendo por la arena, así hable con acento oxapampino y solo le guste el ritmo tropical andino. La cosa es divertirse, vivir la playa, sentirse dueño del mundo, o tal vez soñar que se es un dios maorí, y que en la casa nos esperan al caer el sol para iniciar el rito sagrado del dios Kamehameha.

Este es el panorama que muestra el verano en la actualidad, amén de los consiguientes hábitos playeros. Desde luego, las costumbres han cambiado a lo largo de los años, y seguirán cambiando en el futuro con no pocas sorpresas: ¿habrá menos o más ropa en los bañistas del futuro? Pero la esencia de la calurosa estación de estío —hoy supeditada a las inclemencias de un “Niño” travieso— seguirá siendo la misma.

HELADO DE ANÉCDOTAS

Conversamos de fresas, mangos, hielos y chocolates. De sed y de refrescantes helados. Los domingos de sol y playa los heladeros de la costa peruana baten récords de ventas. El señor David Guisado, de Vitarte, reparte unos 300 chupetes de todos los sabores y colores. “Me voy sin un helado, a eso de las seis. Los más caros son ‘Esmeralda’ y ‘Bombón’, pero aquí se come de todo”.

Las anécdotas fluyen de los labios de don David, diez años repartiendo hielo refrescante a los sedientos de Costa Verde. “A veces no hay sencillo para dar vuelta, y tengo que regresar por el pago. Una vez, entre tanta gente, me olvidé de cobrarle a una señora. Al siguiente sábado la veo venir y pensé: qué honesta es la señora, se acordó de la deuda y viene a pagar. Pero atrás de ella estaba un policía que casi me lleva a palazos hasta la comisaría. Resulta que esa tarde a ella le robaron su cartera en la playa, y creyó que yo era el cómplice. Al final se aclararon las cosas y me compró tres helados. Uno para ella, otro para el policía y el tercero me lo invitó”.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 4 de enero de 1998.*

TAMBIÉN LLUEVE SOBRE LA CULTURA EL NIÑO EN EL NORTE

Dos tercios de Batán Grande están dañados por las lluvias. Problemas también se observan en Narihualá, Chusis y Vicus, en Piura; y en Túcume y Sipán, en Lambayeque; sitios arqueológicos del norte del país que tienen los pies de barro y se ven afectados por el embate de las aguas. Es la otra cara de El Niño que *El Dominical* pudo conocer *in situ*.

Llegamos a Chiclayo y ni bien descendimos del avión empezamos a transpirar. La ciudad quema y medio mundo anda de corto, sin camisa, o sentado bajo un árbol, echándose aire con lo que tengan a la mano.

De inmediato fuimos al complejo arqueológico de Batán Grande, y en el camino observamos paredes enmohecidas, calles encharcadas, y una carretera agujereada en varios tramos. Algunos huecos, llamados popularmente *cangrejeras*, son tan grandes que podrían tragarse un mototaxi, según afirman los viajeros que proceden del río La Leche.

LA LECHE DERRAMADA

Robusto, barbado, cubierto de polvo y muy preocupado, el arqueólogo Carlos Wester, del Museo Bruning de Lambayeque, nos esperaba desde temprano, acompañado por sus colegas Luis Chero, responsable del complejo Sipán, y Mario Fernández. Wester, quien trabaja codo a codo con Walter Alva (el descubridor del Señor de Sipán) conoce perfectamente el valor histórico de la región y los peligros que se ciernen sobre ella.

Al pie de las pirámides de adobe, ante un escenario cubierto de verdor y agua, nos explicó con bastante pesar que los monumentos arqueológicos del norte peruano son muy sensibles al clima. “Todos han sido construidos íntegramente con adobes de arcilla sin cocer. Por eso, al contacto con el agua rápidamente se desmoronan”.

El panorama es impresionante: pirámides desérticas y edificaciones en las que hombres y mujeres vivieron hace cientos o miles de años, desafiando los caprichos de la naturaleza y, por supuesto, del mismísimo “Niño”. Porque para nadie es novedad que este fenómeno climatológico también fue conocido por los antiguos pueblos moches y tallanes, como más tarde explicó Luis Chaparro, director del Instituto Nacional de Cultura de Piura.

Wester dice que en la región de Lambayeque se ubican unos 400 monumentos arqueológicos. “En casi todos las lluvias están afectando muros, plataformas, pinturas, relieves y detalles arquitectónicos. En La Merced, por ejemplo, una de las más grandes huacas del complejo Batán Grande, las lluvias han causado daños en aproximadamente dos tercios de su extensión”.

EL VALLE DE LAS PIRÁMIDES

Más tarde, continuamos hacia la zona de Túcume, donde se levantan hermosas pirámides de adobe que guardan en su interior muchas claves para entender nuestra historia. Allí descubrimos que este complejo también ha sufrido con las lluvias que han superado las previsiones de protección. Las construcciones muestran una profunda erosión en forma de canales desde la cima hasta sus bases. En algunos lugares, incluso con sol de mediodía, grandes charcos de agua turbia mojan hasta los adobes.

El investigador advierte que las lluvias impedirán el estudio de numerosas evidencias arqueológicas, sobre todo de los entierros funerarios. “No podrán ser investigados en años”.

Este lugar, hasta hace poco una zona semidesértica, muestra un vasto verdor que contrasta con el marrón oscuro de las pirámides. Pronto descubrimos que con El Niño también llegaron nuevos seres, como un raro gusanillo verde que vive en el follaje y que, según los viejos pobladores, ya visitó la zona durante las lluvias de 1983.

Para contrarrestar estos efectos destructores, desde agosto pasado el equipo de arqueólogos del Museo Bruning lleva adelante un Plan de Prevención y Protección de los Monumentos en cuatro

valles de la región: Zaña, Chancay, Lambayeque y La Leche. A pesar del exiguo presupuesto se han levantado sistemas de drenaje y de desviación de quebradas, así como protegido los muros, frisos y perfiles con techo de calamina y plástico. Además, se han reforzado las bases, taludes y se han impermeabilizado zonas de valor muy especial como las de reciente excavación.

En Zaña la protección incluye al complejo arqueológico de Úcupe Pueblo, los murales de Úcupe, las huacas Teodora y El Toro, y el complejo de Purulén. En Chancay se trabaja en Pampa Grande, en el complejo Sipán, en la zona de Collud y en la huaca El Taco.

En Lambayeque los esfuerzos se dirigen hacia el complejo de Chotuna-Chornancap. Y en el valle de La Leche, donde como comprobamos se han producido daños de gran magnitud al desbordarse el río del mismo nombre, se está trabajando para salvar los complejos de Túcume, Batán Grande, la huaca Bandera y la ciudadela de Apurlec.

UN POCO MÁS AL NORTE

Al día siguiente, y después de viajar toda la noche por la carretera Panamericana Norte, interrumpida en varios tramos por los desbordes de ríos y canales, llegamos a Piura. Allí encontramos más calor, abundante agua en las calles, y más restos arqueológicos en peligro.

A veinte minutos del centro de la ciudad, en un desvío que conduce a Sechura, ubicamos el poblado y centro arqueológico de Narihualá. Es una pequeña comunidad con rústicas casitas donde abunda el algarrobo. La gente, muy humilde, subsiste gracias a la agricultura y a una incipiente ganadería, básicamente de caprinos.

“Es imposible avanzar más allá”, dijo el taxista al toparnos con un charco del tamaño de una piscina olímpica. Entonces decidimos caminar con cuidado, esquivando el barro y las nubes de zancudos, enormes y panzones, que se abalanzaban en pos de nuestras piernas y brazos. Una picadura podría contagiarnos malaria u otra rara enfermedad.

Observamos que la caña y el adobe poco pudieron ante los embates de El Niño. Muchas casas, abatidas por el peso del agua, se sostienen unas con otras, cubiertas hasta sus cimientos por la humedad.

En Narihualá floreció la cultura Tallán, un pueblo contemporáneo de la época de la Conquista, manifestó el científico Luis Chaparro, del Instituto Nacional de Cultura (INC). La protección es la adecuada, pero solo en la zona donde se han realizado investigaciones. Porque al otro lado de la huaca, después de un viejo templo católico, se halla un territorio virgen para la arqueología y, por desgracia, también para El Niño.

Posteriormente, llegamos a las necrópolis de Vicus. Allí existen evidencias de que ya los antiguos peruanos lucharon contra el clima adverso: las tumbas se hallan a diez metros bajo tierra, aisladas por gruesas capas de arena impermeable. Otro detalle singular es que cuando los arqueólogos empezaron a colocar postes de caña o madera para cubrir Narihualá, descubrieron huellas inmemoriales de troncos de algarrobo, utilizados por los tallanes para enfrentar el fenómeno.

Es así como a través de los siglos el hombre ha luchado para defender la huella dejada en la historia y para sobrevivir en un medio adverso. Esas son las causas multiformes que encierra el misterio de un “Niño” no solo travieso, sino también profundamente destructor.

ADOBES ETERNOS

La cultura Mochica, también llamada Moche, tuvo su asiento principal, en determinado momento, en el valle de Chicama, pero su influencia abarcó desde “el valle de las pirámides”, que habría sido uno de los grandes centros administrativos y religiosos de los antiguos moche.

Cerca de allí se levanta el famoso Sipán, donde gracias a las obras de prevención ejecutadas desde fines del año pasado no se han producido mayores deterioros. Los científicos del Museo Bru-

ning, por su parte, informaron que esperan obtener apoyo de la institución internacional World Monuments Watch para consolidar las obras de preservación en la ciudadela de Apurlec.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lambayeque, 8 de febrero de 1998.*

48 HORAS EN LA TIERRA DEL DILUVIO

Puentes quebrados, carreteras cortadas, tuberías rotas, cráteres llenos de agua, escasez de alimentos, y barro por todas partes, junto con un aeropuerto atestado de pasajeros desesperados por viajar. No es una escena de guerra del pasado en Centroamérica o el sudeste de Asia. Es aquí nomás, ahora mismo, en el norte de nuestro país.

Son las dos de la tarde y aquí hace tanto calor que podríamos freír un huevo sobre la pista de aterrizaje del aeropuerto de Piura. Recién bajados del Antonov An-32 de la Fuerza Aérea Peruana, que también trajo lampas, picos, algunas medicinas, tuberías y equipos de bombeo, nos ataca las narices un fuerte tufo a orines, leche agria y transpiración.

Proviene de la sala de embarque, donde abanicándose con periódicos y sombreros, sentados sobre las canastas y cajones, bebiendo de termos y botellones, masticando su frustración, cientos de pasajeros esperan desde hace casi dos noches la confirmación de un vuelo. Rotos los puentes y las carreteras, el avión es prácticamente el único medio para salir de este pequeño infierno.

Sin embargo y a pesar de que se multiplican las salidas, cun- de la desesperación y por momentos el aeropuerto es un caos. El tráfico aéreo es intenso. Nuestro avión, por ejemplo, enrumbó inmediatamente hacia Talara, retornó a Piura en una hora para irse a Tumbes. De allí voló hacia Chiclayo y, finalmente, partió hacia Lima.

“¿Adónde viaja, señora?”. “A Talara, con estas medicinas para mi mamá”, explica una dama arrugada y sudorosa, mientras a un costado una fatigada pareja de esposos en ese momento decide sobre quién habrá de volar a Tumbes para traer a sus cuatro hijos. Más atrás dos hermanos sostienen en una tabla el adolorido cuerpo de una señora ya mayor, doña Patricia Navarro, a quien deben conducir urgente al hospital del Instituto Peruano de Seguridad Social (IPSS) de Lima. El cuadro es doloroso, pero increíblemente cotidiano.

POR LAS CARRETERAS MOJADAS

Al otro lado del río está la ciudad adonde llegaríamos en solo cinco minutos si no fuera porque tres puentes están quebrados y el cuarto “amenaza con colapsar”, como dicen los entendidos. Debemos “bajar” unos kilómetros hacia el sur, por la entrada a Catacaos, en una utilísima camioneta 4x4 que recorre los caminos de agua turbia como un caballo brioso, mientras por la radio Christian Meier canta sus “Carreteras mojadas”.

Carreteras anegadas, casas inundadas, desagües reventados, agua por todos lados. Ninguna canción lánguida, ningún poema triste, nada puede reflejar fielmente lo que aquí ocurre. El calor insoportable, las lluvias devastadoras, los puentes quebrados, los desaparecidos bajo las aguas, los enfermos. Realmente “¡estamos saludísimos!”, como exclamó un paisano.

Pero en cada esquina, cada dos o tres casas, en los ranchitos de caña y barro, en los comedores populares, casi en todo lugar, los pobladores siguen barriendo, siguen tirando lampa, siguen api-lando sacos de arena, aun a sabiendas que, como todas las noches, el diluvio va a volver.

Pero es en el mercado donde se nota claramente el desaliento. Sobre todo a la hora de comprar los alimentos. La leche en tarro está “por las nubes” —será porque llega por vía aérea—, mientras que las frutas ahora son manjar de los más pudientes. Mejor suerte hay con los limones —frutos piuranos, felizmente— que casi se regalan. Pero nos cuentan que las lluvias e inundaciones arruinaron las cosechas de mango y ciruela.

Lo que sí abunda es un insecto parecido al moscardón, que cuando anochece aparece por millares invadiendo calles, plazas, e incluso aterrizando en las mesas, si es que no se cierra bien la ventana.

EL PUENTE AÉREO

Esta semana, la vida de casi cien pacientes tumbesinos “pendía de un ala” más que de un hilo. Eran ciudadanos enfermos de gra-

vedad y heridos en accidentes, cuyo tratamiento no podía esperar la culminación de las obras de rehabilitación de la carretera. Por ejemplo, había casi cincuenta personas que deberían someterse al penoso tratamiento de hemodiálisis en el Hospital Reátegui de Piura.

La doctora Fabiola Távora, de la Unidad de Referencia del hospital IPSS Cayetano Heredia, recibió el pedido de ayuda y de inmediato hizo contacto con la FAP. “En Tumbes tenemos pacientes que corren riesgo de perder la vida. Por favor, ayúdenos”, dijo.

El “puente aéreo” establecido hace más de un mes, hoy uno de los pocos existentes en el norte, envió un An-32 a la frontera, y a estas horas ya más de cincuenta pacientes deben estar reposando con sus riñones limpios en camas impecables, tanto en el hospital de Castilla, en Piura, como en el de Chiclayo.

ÁNGEL DE LA GUARDA

La señora Rochi es menuda y siempre anda preocupada. Solo carga un lapicero, una tabla llena de papeles y un teléfono celular que no deja de sonar. Pero es la persona más importante del aeropuerto de la ciudad de Piura, y por algunos momentos, de la mismísima región. Es la encargada de habilitar los escasos pasajes en “el puente” que la Fuerza Aérea ha tendido hacia la zona de desastre. Y por eso, es objeto de todo tipo de presiones y pedidos, que asume con serenidad y no poca amabilidad, dadas las circunstancias. Solo una treintena entre centenares logran viajar.

Contra viento y marea, la mañana del miércoles logró ubicarnos en la lista de pasajeros de un probable vuelo que, tal vez sí o tal vez no, saldría en alguna hora del día o de la noche hacia Lima. Finalmente, lo logró.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Piura, 29 de marzo de 1998.*

EL MAESTRO NO TIENE QUIEN LE ESCUCHE

Este 6 de julio, se celebra el Día del Maestro. Pero más allá de la retórica de los homenajes de la fecha, un hecho se impone: la dura realidad en que viven los profesores. *El Dominical* recorrió escuelas rurales y de zonas marginadas, incluso los hospitales donde convalecen, conversó con ellos y —recordando las antiguas lecciones de matemáticas— halló el factor común: la pobreza.

Podemos olvidar fórmulas aritméticas, enunciados químicos, leyes físicas, poemas, batallas, héroes, ciudades, ríos, cordilleras, hasta los nombres de muchos amigos y vecinos. Pero jamás olvidaremos a nuestros primeros maestros, a esos sabios de traje y corbata, impecables, entusiastas, a veces serenos, a veces impetuosos, pero siempre convencidos de la nobleza de su misión.

Inolvidables los que desde temprano esperaban a la puerta del aula para, con paciencia de oriental y con libros, tizas y punteros, enseñarnos el secreto del “A-B-C”, la clave del “ $1+1=2$ ”, los límites del Perú y el nombre de cada uno de los 14 incas que ahora ya no se sabe cuántos fueron en realidad. Maestros de antaño, de vocación, de dignos sueldos, de estómagos satisfechos. Maestros del recuerdo.

YO QUIERO SER MAESTRO

Como en ningún otro caso, la frase “todo tiempo pasado fue mejor” sintetiza la realidad del maestro peruano de fines del siglo veinte. Y es que hasta la década del setenta aquellos jóvenes que se decidían por la universidad encontraban en las facultades de Educación la oportunidad de embarcarse en un apostolado decente. Había carencias, claro que sí, pero no en los niveles tan dramáticos como los de estos días.

El profesor Moisés Marroquín, presidente de la Derrama Magisterial, una organización creada para brindar seguridad y bienestar social al maestro, indica que la desastrosa situación por

la que atraviesan los maestros ha matado el factor vocacional en muchos jóvenes.

Sin embargo las facultades de Educación se multiplican pero por otras razones. En primer lugar, figura el factor económico. Decidirse por la Medicina, el Derecho o la Ingeniería significa gastar en libros caros, academias de preparación, seminarios, prospectos y hasta profesores particulares. En cambio para ser maestro no es necesario invertir mucho, se puede trabajar mientras se estudia, y además las escuelas superiores ofrecen mucho más vacantes que otras especialidades.

En segundo lugar, la carrera magisterial brinda la oportunidad de contar con un sueldo y un puesto de trabajo relativamente estables. “Será poco, pero es seguro”, debe pensar el joven profesor recién nombrado y con esposa y un bebé, que en el mejor de los casos puede llegar a recibir una remuneración de entre 450 y 500 soles al mes.

Por último, el maestro es uno de los pocos profesionales peruanos que no necesita del título con valor oficial para ejercer. Le basta con el bachillerato, y en algunos casos, solo con haber estudiado hasta los últimos ciclos en la universidad o en el instituto superior.

Sin embargo, esta “ventaja” se traduce en un problema para el sistema educativo nacional, en una de las más serias carencias que afectan la educación peruana: el 47% de los docentes dedicados a la educación primaria carece de título pedagógico, según estudios del INEI.

CERO EN SALUD

Paredes blancas, pasadizos encerados, enfermeras en blanco y negro indicándonos con gestos: ¡Ssht!, silencio, que este es un hospital y no un colegio. Y sin embargo, las salas de pacientes con tuberculosis reúnen a la crema y nata del magisterio peruano. Profesores de Historia y Geografía comparten cama con sus colegas especializados en enseñar Matemáticas, Física o Biología.

El factor “olla vacía”, es decir la deficiente alimentación producto de los bajos sueldos, alimenta de maestros los sanatorios de todo el país, y no solo por el bacilo descubierto por Roberto Koch. Recordemos que los profesores trabajan más de las 30 horas semanales que les ordena la ley: deben preparar clases, elaborar exámenes, corregir asignaciones, colocar notas, todo esto en casa y a veces hasta muy tarde, con un pan con mantequilla y un tazón de té por cena, muchas veces sin almuerzo.

Problemas a la visión, enfermedades a las vías respiratorias —por el abuso con la voz y la ingestión de tiza en polvo—, complicaciones a nivel circulatorio, malestares estomacales, úlceras, gastritis, estrés, son los principales males que aquejan la salud de los casi 260 mil maestros peruanos.

A COCACHOS APRENDÍ

Los profesores, como los militares, deben prestar servicio en los lugares más diversos del país. Por eso suben cordilleras, cruzan ríos, recorren urbes atestadas, y dictan clase en barrios marginales. Pero es en esta misión cuando su situación ya delicada se transforma en una pesadilla.

Este “soldado de la educación” no tiene apoyo logístico, medios de transporte, equipamiento moderno. Por ejemplo, para atender una de las pequeñas escuelas en la fronteriza ciudad de Santa Rosa, frente a Brasil y Colombia, en el extremo nororiental del Perú, un profesor necesita tomar un vuelo desde Iquitos que dura 120 minutos, o navegar ocho eternos días por diversos ríos de la Amazonía.

En ambos casos, el pasaje de ida cuesta alrededor de 50 dólares, monto que no es asumido por el Estado, en este caso el empleador. Es decir que este profesional debe viajar e instalarse con dinero de su propio bolsillo en un ambiente desconocido y, muchas veces, de clima hostil. Peor aún, cada fin de mes debe retornar a Iquitos para cobrar su discreto sueldo, reforzado con 40 soles de bonificación por trabajar en zona de frontera.

Allí es cuando entra en funcionamiento un sistema aún más empobrecedor. Para evitarse tan largos y costosos viajes que se “comerán” medio sobre, el profesor designa un “apoderado” para que mes a mes le cobre el sueldo. A cambio, este personaje le adelanta la remuneración de todo el año, descontándose, naturalmente, un “módico” interés del 20%.

Otra forma de vivir es al crédito. Imaginemos que a una profesora por fin le comunicaron su nombramiento, pero a las alturas de Puquio, en Ayacucho. “¡Peor es nada!”, exclama la docente tras seis meses sin laborar. Y es que mientras alista sus maletas recuerda que existen unos 90 mil colegas buscando empleo por todo el Perú, gustosos de reemplazarla a pesar del trueno y el granizo.

Todo está perfecto, salvo un pequeño detalle: el cheque recién saldrá dentro de cuatro o cinco meses, a veces después de un año, en el próximo presupuesto del sector. ¿Y mientras tanto? A comer fiado, a endeudarse con todo el pueblo, a vivir moneda a moneda esperando el día de pago. Y el día llega, y el cheque es por menos de lo esperado, y la deuda es más del doble, y la maestra no tiene más remedio que renunciar...

Taxis amarillos, verdes, celestes, de todas marcas y colores recorren Lima. Médicos, ingenieros, abogados, pero sobre todo maestros van al volante. “¡Taxi! ¡Taxi, señor!”. Dicen que los taxistas peruanos son los mejores instruidos del mundo. Dicen que el sistema educativo por fin se va a modernizar. Dicen que en los planes se incluye aspectos sobre la mejora a los maestros. Pero también dicen que el maestro no tiene ante quién reclamar.

ESCUELITA POPULAR

Nelly Villegas Torres es profesora desde hace diez años. Se levanta a las cinco de la mañana, desayuna frugalmente y luego sale hacia el asentamiento humano Santa Cruz de Huachipa. Baja de la combi, camina quince minutos por una brecha angosta, desigual y polvorienta, sorteando camiones cargados de ladrillos y entra a la escuela 1223 y el CEI 177, donde se queda hasta las cinco de la tarde.

La escuela está en un sótano: durante años los labradores han cavado la zona para recoger arcilla, el insumo para la vecina fábrica de ladrillos. Los niños se levantan a las cuatro de la mañana, ayudan a sus padres a preparar el barro para los ladrillos. En la tarde, después de clases, “cantean” —voltean— los ladrillos para que sequen. Pero hay optimismo y deseos de superar los problemas en las aulas.

La profesora Villegas comparte este espíritu, a veces los ayuda a acarrear el material. Pero confiesa que en ocasiones gana la tristeza y frustración. “Mire, nosotros los maestros nos dedicamos plenamente, trabajamos más allá de nuestro horario sin pensar en la distancia, pero seguimos mal pagados. Francamente, nos sentimos impotentes”. Su realidad es dramática y, sin embargo, es compartida por miles de maestros. Ella no sabe cómo hará para pagar el recibo por consumo de agua que esta mañana encontró bajo su puerta. Y explica que acaban de rechazarle una solicitud de préstamo.

Pero en unos minutos se repone. A pesar de todo, siempre hay por qué luchar. “Mi sueño es ver algún día esta escuela construida. Realizar mi proyecto de talleres para darles trabajo a los jóvenes del sector. El día que vea mi escuela con maquinarias y útiles para mis alumnos me sentiré verdaderamente realizada”.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 5 de julio de 1998.*

LAS REJAS NO SIEMPRE SON PRISIÓN EL DESAFÍO DE LA ADAPTACIÓN

El próximo jueves es el Día de la Readaptación Social del Interno. Con este motivo las altísimas y muy seguras puertas de acero del Establecimiento Penal del Callao se abrieron ante los reporteros de *El Dominical* para dar a conocer el éxito de la hasta hace poco dudosa teoría penitenciaria: los presos peruanos sí se pueden rehabilitar.

Acapulco no solo queda en la costa oeste de México, también es el nombre que ha tomado un empobrecido pueblo joven al norte del Callao en cuyo corazón se levanta uno de los más modernos establecimientos penales del país. Tras estas rejas con candado se guardan internos de poca, mediana y alta peligrosidad. Aquí estuvieron muchos miembros de la temible banda “Los Destruidores” y varios militares involucrados en proteger el tráfico de drogas en el interior del país. Aquí están los *burriers* del aeropuerto Jorge Chávez y los tripulantes del “narcobuque” de la Armada. Aquí se aloja, sobre todo, la crema de la delincuencia chalaca.

“El interno nacido en el Callao es un tipo muy especial”, dice Javier Padilla, director del Establecimiento Penal del Callao. Este antiguo paracaidista del Ejército y ahora funcionario del Instituto Nacional Penitenciario (INPE) reconoce que el conocido espíritu atrevido del chalaco, su estilo bochinchero, su pose de *achorao*, siempre produjeron problemas cuando compartía celdas con internos de otras regiones del país. Ahora ya está “en casa”, entre los suyos. Listo para involucrarse en su propia rehabilitación.

CON JUANITO ALIMAÑA

Las rejas se abren y cierran a nuestro paso, llevándonos por un laberinto de concreto pintado de azul. A diferencia de otros centros de readaptación, como el tenebroso Lurigancho, aquí el hacinamiento no ha dado lugar al caos y al desgobierno. Y ojo que este

penal, pensado para 572 internos, hoy “aloja” a 1,048 presos, casi en su tercera parte de alta peligrosidad.

“La clave está en brindar una tarea productiva que distraiga al interno, y a la vez le provea de recursos”, explica el director Padilla mientras nos conduce a los talleres de artesanía. Allí, uno a uno, luego en montón, los reos nos rodean y piden oportunidades para estudiar, o para desarrollar labores como tejido, confecciones o artesanía.

Las autoridades calculan en 300 la cifra de internos dedicados a diversos trabajos en el interior del Establecimiento Penal del Callao. Pueden estar empleados *ad honorem*, realizando labores de jardinería y mantenimiento de las instalaciones, o remunerados, mediante la producción y venta de diversos productos.

Buena parte de los inquilinos de este centro de readaptación social tienen un oficio productivo. En estos muchachos involucrados en robo agravado o microcomercialización de drogas encontramos mecánicos, carpinteros, tejedores, artesanos, ávidos de salir en libertad y dejar para siempre la pesadilla de una cárcel.

Decimos “muchachos”, porque observamos que muchos andan por los veinte años de edad. “Ese es un *wawa-wasi*”, exclama entre sonrisas un interno con pinta de Juanito Alimaña regenerado, mientras acomoda dentro de sus bolsas unos ositos de felpa que acaba de armar. La falta de trabajo, la desesperación por conseguir dinero, el hambre, pero también las malas juntas y las simples ganas de romper la ley están llenando de gente las cárceles peruanas.

AVISOS CLASIFICADOS

Se necesita con urgencia aparatos para equipar un gimnasio de reos de mediana peligrosidad. Aunque sea una mancuerna, un par de pesas, algunas sogas para saltar, o tablas para ejercitar los abdominales. Ojo, son bienvenidos aparatos casi nuevos, con yaya o de segunda mano. Interesados preguntar por don Juan Paredes Pizarro, tarapotino reubicado, interno por tráfico ilícito de drogas (TID).

El caballero Antonio Vargas Pacompilla pide que por favor le avisen a su *family* en la soleada ciudad de Ica, que se encuentra bien de salud. Dice que le escriban y que le envíen algo de fruta a “esta”, donde se halla internado por cometer delito contra el honor sexual. En otras palabras, intento de violación.

Bibliotecario práctico, Sansón Incháustegui, íntegramente dedicado a la cultura en los idiomas inglés y castellano, envía saludos a sus amigos y parientes de la Ciudad Satélite Ventanilla. Aprovecha la ocasión para hacer extensivo un pedido de libros nuevos o viejos, revistas usadas, novelitas baratas, enciclopedias y, en general, todo tipo de papel impreso que sirva para enriquecer su floreciente sala de lectura. Favor abstenerse de enviar publicaciones sobre escalada en roca o pared, evasión y escape, y menos aún tratados sobre empleo de armas de fuego.

Tres antiguos miembros de la Armada solicitan martillo, cola y clavos, así como folletos especializados en bricolage y ciencias náuticas. También caoba y cedro —preferibles— o pino en aceptables condiciones, para trabajarlas con serrucho, torno y cepillo, y convertirlas en mesas, camas y silletas útiles para la sociedad. Recibir donativos a la sección “Los del narcobuque”.

LA COCINA DE DON PEDRITO NAVAJA

Arroz con frijol Castilla y tocino, plátano sancochado y un mate de hierbaluisa, es el almuerzo de esta tarde. Ayer comieron arroz con pollo y desayunaron *quáker* con tres panes. La cocina está a cargo de internos que antes de caer en el delito fueron buenos cocineros.

Especialistas en chifa, hábiles en platos criollos, por allí un fanático que nunca se pierde el programa culinario de Don Pedrito —porque en la cárcel también hay TV—. Todos girando en torno a humeantes peroles, armados de cucharones y trinchas, probando la sazón. Barriga llena, corazón contento... presos tranquilos.

Estos cambios también incluyen un mayor compromiso del personal del INPE. Actualmente se aplica una técnica de monitoreo

aquí y en los establecimientos de San Jorge y Chorrillos. Es decir, cada profesional de justicia asignado al penal tiene bajo su cargo a treinta internos, a los que supervisa desde que se levantan hasta que se acuestan, ejecutando los programas de rehabilitación.

Sin embargo, el interno es el sujeto más interesado en llevar adelante su propia rehabilitación. Según vaya progresando, acumulará puntos para que posteriormente pueda alcanzar beneficios penitenciarios como la reducción de la pena.

Altísimos muros coronados por alambre electrificado de púas. Rejas de acero que resuenan al cerrarse contra las paredes de concreto. Solo falta un poquito de confianza, un aporte en materiales y herramientas, un esfuerzo de la sociedad para hacer comprender a estos chicos que todavía tienen una oportunidad.

LURIGANCHO, LA OTRA CARA

La Defensoría del Pueblo emitió un informe sobre la situación del Establecimiento Penitenciario de Régimen Cerrado Ordinario Lurigancho (Informe N° 5, octubre de 1997) y entre sus conclusiones hace referencia a la sobrepoblación y el hacinamiento allí existente.

Lurigancho tiene una capacidad de albergue de 1,800 a 2,000 internos, pero actualmente la población interna en dicho penal bordea los 6,000.

Se señala en el informe que esta situación “genera un inadecuado funcionamiento en los servicios básicos como salud, legal, social, psicológico, laboral y educativo”, y que “resulta ser el elemento detonante de la situación de violencia”.

Asimismo, entre las conclusiones se indica que el alto índice de procesados genera un clima de incertidumbre, que no existe una clasificación adecuada para realizar un tratamiento penitenciario basado en el trabajo y la educación. También refiere que existe dualidad de funciones entre el Instituto Nacional Penitenciario y la Policía Nacional, lo que desfavorece el tratamiento penitenciario.

Atendiendo este clamor, el INPE ha puesto en marcha un proyecto denominado Extensión de los Servicios de Promoción y Atención de la Salud Integral, que desarrollará programas psicosociales en salud mental y de reforzamiento del binomio interno-familia. Dicho proyecto incluye la capacitación de dos mil empleados penitenciarios, y cuenta con el apoyo de la fundación británica Richmond Fellowship.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 12 de julio de 1998.*

¡QUÉ BONITA FAMILIA!

Los próximos siete días estarán asignados en los colegios y otras entidades por celebraciones en torno al Día de la Familia, que se festejará el próximo domingo 13. La Ley 23465 de setiembre de 1982 estableció esta conmemoración al segundo domingo de este mes. Sin embargo, también dispuso que las instituciones deben realizar en relación a esa fecha las actividades correspondientes. Por eso, al iniciarse una semana que estará bajo el símbolo de la familia, *El Dominical* ha preparado este especial.

Medio Lima enciende la televisión al finalizar el frugal almuerzo para ver a *La familia Ingalls* retozando en su casita de la pradera. Medio Lima mira la Tv, consume el único plato fuerte del día y sueña de 3 a 4 en *technicolor* con esas tiernas escenas de amor, trabajo familiar y verdadera comprensión con buen sol y olor a establo.

Aunque en nuestro país todavía no tenemos una central nuclear como la de Springfield, nuestro escenario familiar se parece un poco más al que integran Homero, Marge, Bart, Lisa y Maggie Simpson, que al ensoñador de los Ingalls: un poco moderno, medio caótico y con cuestionamientos todavía irresueltos.

La familia peruana está cambiando muchísimo, y seguirá cambiando cada vez a mayor velocidad. Lo afirma el antropólogo César Zamalloa, quien también explica que este proceso de transformación de la familia tradicional es inevitable e impredecible.

Hasta hace unos 20 años el padre, la madre y los hijos constituían grupos “nucleares” muy sólidos. La familia “de antes” desayunaba junta, almorzaba junta y cenaba junta. Compartían problemas y los resolvían en conjunción. Había cierta severidad en el padre, claro, pero las reglas estaban más o menos claras: todos para uno y uno para todos...

Ahora con frecuencia el padre no está en casa físicamente. Por motivos de separación o por el trabajo, de igual forma ocurre con la madre. Los hijos tienen mayor libertad y aprenden a resolver sus propios problemas.

DESDE LOS ANDES

La imagen familiar perfecta de la publicidad, la de los “cabellos rubios, la piel rubia, los ojos rubios y hasta los dientes rubios” —parafraseando al salsero Rubén Blades—, contrasta tremendamente con la realidad. Sobre todo con aquellos grupos de migrantes que han traído desde sus remotos pueblos cordilleranos una serie de costumbres difíciles de abandonar.

Por ejemplo, no han podido dejar atrás el hábito inmemorial de buscar el apoyo familiar. En general, los grupos provincianos, sean del barrio popular o de los emergentes sitios acomodados, son numerosos, viven en la misma casa. Allí tenemos a la abuelita de 90 años junto con el hijo, su esposa y tres chicos más, y tal vez el hermano recién casado con el pequeño, y el primo acabadito de llegar del interior junto con la sobrina.

La relación familiar de la gente procedente del Ande es muy fuerte. Quien no lo cree seguramente jamás ha estado en aquella polladas bailables “hasta las últimas consecuencias”, donde desde la cocinera hasta el que entrega los *tickets* se apellida igual —el *ayllu* en la urbe—, donde a la hora de techar la casita recién armada se presentan innumerables tíos, primos y compadres —herencia de la *minka*— para ayudar, carapulcra y *chelas* mediante, con los ladrillos. Es el espíritu de intercambio y solidaridad propio de la sierra peruana.

Claro, estas costumbres sufren ciertas mutaciones conforme se “alimeñan” las gentes. Generaciones después empiezan a abrirse paso en forma individual, pero jamás pierden el sentido de la unidad familiar.

PRIMERO EL *SERVINACUY*

...Después, ya veremos. La juventud de ahora ya no está pegada a las reglas. Es cierto, somos informales hasta, y principalmente, cuando formamos parejas. Antes los matrimonios tenían una tremenda fuerza de cohesión. Ahora, en parte también por la crisis

económica, las personas se juntan y se separan, a veces con un lamentable saldo de hijos desperdigados por el mundo.

Y es que hasta los términos se han suavizado. Antes un hombre y una mujer que vivían juntos sin haberse casado eran considerados “convivientes”, feísima palabra, impronunciable en lugares como la “Tiendecita Blanca”, por ejemplo. Ahora a la misma situación se le denomina “pareja”, lo que permite invitar a nuestros amigos a casa sin sentirnos mal.

En realidad, la duda no está en casarse o juntarse, sino en dónde vivir. Zamalloa opina que la crisis está forzando a los hijos a quedarse en la casa de los padres, esposa, niños y *hamster* incluidos. Las casas se subdividen, crecen a tres o cuatro pisos, se utiliza hasta el jardín.

CARIÑO BONITO

Aún no se sabe si esta actitud refuerza los lazos familiares, mas es cierto que se están desarrollando conflictos. Por ejemplo, la madre siente que “se le mueve” el piso al presentarse otra potencial matrona —la nuera— y trata de afianzar su poder, a veces poco delicadamente. Por otro lado, el esposo o la esposa de nuestros hijos siempre es un extraño que invade un ambiente de privacidad.

Aquí tal vez está la razón del *boom* de los hostales en Lima y en las principales ciudades de nuestro país. Hablamos de esos alojamientos no aptos para viajeros, sino más bien para jóvenes parejas con años de conocerse y muchos deseos de estar a solas, pero que por la subida del dólar y la caída de las acciones en la Bolsa no consiguen empleo estable, y menos la oportunidad de establecer un hogar. Vivir juntos implica también tener un espacio, un departamento, unas comodidades, con o sin el ritual del matrimonio.

Si las tendencias se mantienen, pronto vamos a entrar en la onda europea. Probablemente la ciudad también deberá cambiar. Se construirán muchísimos más departamentos de un cuarto y un baño. Para chicos solos, parejas jóvenes, para gente sola.

Empezará a proliferar la comida barata, la comida envasada, adiós a las sopitas de mamá, a los tamalitos dominicales en fami-

lia, porque en el futuro cambiará la organización familiar. Menos grupo, mayor individualidad. Sea bueno o malo —que lo juzguen los moralistas—, vamos hacia un cambio mayor.

MADRE SOLO HAY UNA

En su gran mayoría, y especialmente en los hogares de extracción popular, la mujer se constituye como el principal “motor” que impulsa a la familia peruana. En nuestro país la mujer-madre ha asumido roles cada vez más trascendentales, sobre todo en aquellos grupos venidos del interior como consecuencia de la violencia que sacudió nuestro país.

La participación de la mujer como cabeza de la economía familiar ha ido en aumento. Si en 1980 más de 760 mil hogares peruanos eran conducidos por la madre, en los años 90 la cifra se ha incrementado a algo más de un millón 200 mil. Fuera del hogar o en forma simultánea, ellas representan el 30 por ciento de la fuerza laboral del país, un porcentaje que también se ha incrementado en los últimos veinte años, preferentemente en las zonas urbanas. Allí, la mujer-madre se ha erigido en el más importantes contribuyente a la actividad económica nacional.

CUANDO ENFERMA LA FAMILIA

A veces, quizás con mucha mayor frecuencia de la que creemos, la familia se enferma. No de paperas, ni tifoidea, sino de un cáncer inevitable, en ocasiones incurable. Este mal causa desasosiego, estrés y en casos extremos genera rupturas lamentables.

Las herencias históricas y culturales, las carencias en el sistema educativo y la ausencia de valores en quienes integran el grupo familiar, son algunos de los elementos que amenazan la buena salud de la familia peruana. El machismo, por ejemplo, una actitud que debería estar fuera de moda ad portas del siglo XXI, continúa produciendo estragos. La mujer sumisa y metida en la cocina, los hijos desorientados y sin posibilidad de comunicarse con papá, y él, un ser todopoderoso y prepotente, cuya palabra es ley, es el

espejo en el que se miran aquellos hombres que creen que el siglo XIX aún no termina.

Otro aspecto, tal vez el más importante, es la falta de preparación previa para asumir el matrimonio. Esta carencia, muy de moda en estos tiempos de liberalización, da lugar a uniones apresuradas y también a apresuradas separaciones.

Ocurre que muchas veces el periodo del enamoramiento y noviazgo fue muy superficial y color rosa. Y que de pronto, inmediatamente después esa romántica luna de miel pasada en Cerro Azul, nos encontramos con las verdaderas responsabilidades de la vida, como la administración del hogar, el cuidado de los hijos, el rol de cada miembro de la familia, las aspiraciones individuales para el desarrollo personal o profesional, esas pequeñas crisis que por inexperiencia muchas veces se tornan inmanejables y a veces traumáticas.

El problema crítico de la salud y la vivienda, el abrumador consumo de alcohol, el vicio letal de otras drogas, el desempleo que produce desnutrición, enfermedad, ignorancia y tal promiscuidad son factores que truncan la estabilidad de los matrimonios, con la consecuente frustración de la familia.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 6 de setiembre de 1998.*

LOS SECRETOS DEL CASTILLO ROSPIGLIOSI

Todo Lima ha pasado por Lince y al ver el imponente Castillo Rospigliosi se ha preguntado qué hay detrás de sus murallas. *El Dominical* logró trasponer las pesadas puertas de roble y bronce, y conocer la historia de uno de los edificios más singulares de la ciudad.

Un cruzado de piedra otea el horizonte desde la muy noble y leal villa de Santa Beatriz. Imperturbable, este Cid limeño desde hace 70 años espera que aparezca en lontananza la caravana de su majestad don Alfonso XIII de España.

Pero qué gran pena se avecina. El soberano nunca vendrá “a por estas tierras”, pese a que aquí le aguardan comodísimos aposentos, deliciosos manjares y muy altivos guardias de impecable uniforme azul, en el castillo de don Carlos Rospigliosi y Vigil.

OFRENDA DE ADOBE Y PIEDRA

Aunque la sangre de este caballero era plebeya, su espíritu estaba tintado por el noble azul del honor. Cuando se entera de la probable visita de don Alfonso XIII a nuestro país, decide erigir un castillo de estilo medieval para recibirle, como muestra de admiración y respeto hacia el monarca español.

El exclusivo barrio de Santa Beatriz de los años veinte vio cómo un ejército de albañiles y carpinteros erigía la imponente residencia. Las calles Manuel del Pino, Manuel Segura, Montero Rosas y Enrique Barrón hoy marcan sus límites, en un sector donde termina el Cercado de Lima y empieza el distrito de Lince. Sus muy bien cuidadas murallas, sus torreones y sus almenas, todo el castillo, son ahora propiedad de la Fuerza Aérea del Perú, que ha llevado adelante una sorprendente labor de conservación.

CALABOZOS Y DRAGONES

Abiertas de par en par las puertas de madera y bronce de este pedazo del medioevo enclavado en nuestra ciudad, descubrimos el pequeño mundo ideado por el doctor Rospigliosi. El techo del *hall* principal es de piedra tallada, similar al de la catedral de Notre Dame en París. Y, a los costados, las ventanas exhiben vitrales con imágenes de soldados vestidos de metal.

Las viejas tradiciones cuentan que, en efecto, el propietario y constructor mandó instalar armaduras en determinados rincones del castillo. Hoy no hay vestigios de ellas, pero sí hermosos murales en los techos, enmarcados por viñales de yeso en alto relieve y pisos originales de coloridas baldosas.

Don Carlos Rospigliosi, hombre de ciencia, acaudalado, trotamundos y aventurero —se dice que formó en la Legión Extranjera—, tuvo un especial gusto por los ángeles y demonios. Esto se comprueba en el ala izquierda del castillo, donde el pasamanos de una escalera brota de la boca abierta de un diablo, y muestra una escena de faunos, leones y pastores en diversas actitudes. Dicen que el diseño original incluía un foso lleno de agua y puente levadizo, proyecto que encontró fuerte oposición al interior del municipio limeño.

CENTINELA DE PIEDRA

Los años veinte en Lima recién conocían los adelantos de la arquitectura. Sin embargo, pocos edificios superaban los cinco pisos. Precisamente, el castillo Rospigliosi dejó atrás el problema de la resistencia de materiales para erigir altos edificios utilizando paneles de madera, prefabricados de yeso y bloques de malla metálica encementada.

Es decir que, a diferencia de su “hermano” el castillo del Real Felipe, la parte superior de este palacio no hubiera soportado ni la descarga de un mosquetón. El centinela de piedra que otea el horizonte, esperando en vano la llegada de don Alfonso XIII de España, es una figura de cemento y metal.

El castillo Rospigliosi también llegó al cine. Junto con el de Chancay, sirvió como escenario cinematográfico para el rodaje de cintas como *La Perricholi*, dirigida por el italiano Enzo Longhi y estrenada el 13 de setiembre de 1928 en el cine Colón, y *La bailarina loca*, producida por Amauta Films.

Para muchos, una locura. Para pocos, un detalle de buen gusto que adorna la ciudad. Para todos, una muestra de que algunos sueños sí pueden hacerse realidad.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 13 de setiembre de 1998.*

OCTUBRE ES LIMA

El mes más representativo de la ciudad capital no es enero, cuando se fundó, sino octubre. Este es en realidad el mes de los turrone, de las mazamorra, de las corridas de toros, de la procesión del Señor de los Milagros, de los golpes de estado y de los temidos temblores.

Con sus anticuchos de noble corazón enamorado. Con sus picarones gordos, dulces y coquetos. Con sus riquísimos turrone multicolor de anónimas “Doña Pepas” del cono Norte y Sur. En fin, con sus corridas de toros de media tarde, sus temblores de medianoche, y sus inmensas procesiones humeantes y moradas de todo el día, octubre se confirma como el mes más limeño del calendario peruano.

Hoy casi todos coinciden en que las celebraciones de enero son tan solo para cumplir con una formalidad y con la Historia. A pesar de todo y tal vez del mismísimo don Francisco Pizarro, que Dios lo tenga en su gloria, en el primer mes del año, donde tuvo lugar la fundación de la ciudad, solo realizan las ceremonias en la Municipalidad, los *Te Deum* en la Catedral, una que otra exposición pictórica, los bailes de gala y en general los actos más solemnes y bien trajeados de nuestra historia. Salvo el 28 de julio o mejor parecer.

MES DE FIESTA

Sin embargo, la verdadera jarana se arma en octubre, cuando fluye la alegría popular sin tarjeta de invitación, saco ni corbata; cuando trinan las guitarras y resuenan los cajones criollazos, cuando la procesión del Señor de los Milagros nos arrastra por las calles de la ciudad con sus ramos de flores frescas, sus perfumes de incienso y agua florida, sus pancitas con choclos cocidos, al son que marca el tambor de la otrora Banda de Músicos de la Guardia Republicana del Perú.

La verdadera fiesta popular limeña se mezcla con la devoción cristiana y da lugar a una serie de prácticas de origen ciertamente terrenal como la producción en masa de velas y cirios ricamente adornados, “detentes” o escapularios de tela o plata pura en forma de corazón, estampitas y calendarios religiosos de todos los santos y algunos que no lo son tanto, inciensos y sahumerios a todo vapor; en general, toda una suerte de artículos que usted puede encontrar en pleno recorrido de la imagen del Cristo Moreno.

OCTUBRE LIMEÑO, MAZAMORRERO Y TURRONERO

Solo en octubre aparecen los ricos turrone Doña Pepa: una pastita, suave y dulce hecha con yemas de huevo, almíbares, confites y frutas a la que, cual tentación pagana nadie puede resistirse. Dicen que es obra de doña Josefa Marmanillo, una anciana esclava cañetana que escuchó de las dádivas milagrosas del Cristo de Pachacamilla. Ella, que sufría una semiparálisis, vino a Lima en pos de una humilde gracia. Y de pronto, en plena procesión, cayó de rodillas cerca al actual edificio del Correo Central, articuló perfectamente sus brazos que por muchos años habían estado entumecidos.

Pepa pensó en algo sublime para que la adoración al Cristo continuase y se difundiera. Y así encontró el nuevo aroma del turrón que, desde fecha inmemorial y de generación en generación, ha logrado convertirse en un dulce de tradición netamente limeña.

Octubre también es época de mazamorra. Y es que en su ruta hacia la América, los españoles trajeron consigo a un grupo de esclavas de origen moro y morisco, para servirles en cuestiones del corazón y también del estómago. Producto de esta afortunada mixtura es la famosa “mazamorra morada” el dulce limeño por excelencia que estremece el paladar y estimula la alegría, esta “masa mora” que, en un principio, se elaboró con harina de trigo, y más tarde con harina de maíz morado y otras frutas y especias como guindas, guindones y huesillos. ¡Hum!

EN OCTUBRE SÍ HAY FE

La relación limeña con el Señor de los Milagros y el mes de octubre está ligada en sus orígenes con los terremotos. Recordemos que fueron terribles los movimientos telúricos del 18 de octubre de 1687 y del 28 de octubre de 1746, que motivaron grandes pedidos de clemencia en torno al Cristo de Pachacamilla. Al punto que el Cabildo limeño del siglo XVIII lo declaró Patrono Jurado de la Ciudad.

Para la Diócesis de Lima, todas las misas celebradas en octubre se ofrecen al Señor de los Milagros. El fervor popular creció a tales niveles que, en los años 60, el cardenal Juan Landázuri dispuso que las penitencias de Semana Santa podían también cumplirse en este mes. La abstinencia por la carne, hoy considerada una necesidad para equilibrar el monedero antes que un sacrificio religioso, se puede cumplir en octubre.

Así transcurre este mes que es fiesta, que es religión, que es toros y también delicia que encanta los paladares de todos los niveles socioeconómicos, encuestadores *dixit*. Octubre es, además, el momento donde todos los espíritus se unen, donde todos los ojos miran hacia un solo punto, donde la sombra del Cristo de Pachacamilla, el más limeño, el más popular, dice con voz admonitoria:

— ¡Avancen, hermanos...!

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Lima, 27 de setiembre de 1998.*

EL RETORNO A LA TIERRA PROMETIDA

Minutos después de abandonar el vuelo 1131 Lima-Ayacucho, único del día, un policía vestido de civil nos interceptó para preguntar la razón de nuestro viaje. Este primer contacto en una ciudad hasta hace poco castigada por la violencia despertó algunos temores. Sin embargo, descubrimos que en realidad la región se viene recuperando, los desplazados se reacomodan en sus comunidades y, en general, los ayacuchanos, sin olvidar el periodo más oscuro de su historia, se alistan con optimismo frente a lo que ciertos “sociofuturólogos” llaman el Tercer Milenio.

El retorno de los desplazados por la violencia en Ayacucho es un hecho cotidiano. Esta semana llegó otro contingente de 85 personas, desembarcó sin mucho ruido en la Plaza Mayor de Huamanga, descansó en un alojamiento provisional del colegio Huamán Poma de Ayala, y al amanecer siguiente continuó en autobús hacia sus comunidades de Mollebamba y Putica, en la provincia de Cangallo.

En esta zona, como en muchas otras, el Programa de Apoyo al Repoblamiento (PAR) les ha construido viviendas. Según el ingeniero Augusto Cornejo Barreda, gerente de esta entidad, “con el apoyo del Estado y de Organizaciones No Gubernamentales, se les asiste con alimentos, semillas y herramientas para que puedan reconstruir sus vidas en los primeros meses del retorno.”

Sin embargo, este reacomodo aún tiene puntos flacos. Cuando los campesinos emigraron a principios de los años 80, sus hijos más pequeños apenas hablaban el quechua. Hoy, más de dos décadas después, esos mismos chicos, dominan el castellano, conocen el rock, han visto mucha televisión, están acostumbrados a las combis y a otros signos de la modernidad. Y reclaman su cuota, así vivan en medio de las alturas.

El retorno a la comunidad, a mediodía de camino, puede significar un volver a sus orígenes para los más viejos, declaran algunos “retornantes”; pero no ejerce mucha atracción en los jóvenes.

Casas nuevas y bien construidas, sí, pero en muchos casos sin luz eléctrica ni televisor a color, con poca agua potable y sin más ocupaciones que la de pasarse todo el día pastando ganado o abriendo surcos a tres mil y pico metros sobre el nivel del mar. Destino difícil para quien conoce cómo se vive en la ciudad.

CON LOS HABITANTES DE UCHURACCAY

A tres horas y media en camioneta 4x4, subiendo por la ruta Tambo-Irrigación Masinga hasta los 4200 metros sobre el nivel del mar —las tierras del infarto— está el Nuevo Uchuraccay. Sus casitas de adobe bien pintado con tejas, su pilón de agua y su posta médica destacan ante las ruinas del viejo poblado donde murieron ocho periodistas.

Llegamos antes de las 12 y fuimos bien recibidos. Amistosos, nos enseñaron sus casas, sus tejidos ya famosos, confeccionados con la asesoría de técnicos del Senati. Hasta nos atendieron al vernos llegar amoratados y medio mudos por el soroche. Mucho quechua, pero también gaseosas. La modernidad está llegando a estos lares, pero aún falta la electricidad.

Dejando muy atrás su terrible historia, ahora casi todos quieren hacer empresa, desean producir y exportar sus hermosos tejidos. Cuentan con tres telares manuales, y la promesa de mayor apoyo. Es que Uchuraccay es pueblo modelo, laboratorio para probar el repoblamiento, y sus habitantes lo saben. Ya ninguno quiere, como hasta hace unos años, largarse de este lugar, “el techo del mundo”.

“PERLASCHALLAY...”

Retornamos con la noche. Al día siguiente, con sus tres soles en la mano, el taxista pisó a fondo hasta la Plaza Mayor, rodeada de portales líticos y de una hermosa catedral, fundada en 1672 en honor de la Virgen de las Nieves. A un lado la segunda universidad más antigua del país, más allá el Municipio, y en cada esquina un retablo tamaño natural para vender periódicos del día. A las doce el calor llegó a los 25 grados. Pero ni eso movió a los 50 cambistas

de la Asociación Los Portales, que por celular conocen el cambio en Lima mientras esperan a los agricultores procedentes del valle del río Apurímac.

No hay aquí más turistas que en Cusco o Huancayo, pero los hay. Italianos, franceses y españoles, algunos japoneses, pasean tranquilamente por las calles. Algunos incluso salen hacia pueblitos de las alturas. Se calcula que unos cien extranjeros llegan a Huamanga diariamente utilizando mayormente la nueva vía asfaltada Pisco-Los Libertadores, que conecta con Lima en ocho horas. En la vecina Quinua, por ejemplo, nos encontramos con una simpática pareja de romanos, que diccionario italiano-español en mano, nos comentó de su recorrido por toda la sierra sin haber sufrido problemas. En estas tierras las combis son una bendición. Viajan de día y de noche y conectan los pueblos en unas pocas horas. A Vilcashuamán en cuatro horas, a Huanta en una hora, a Wari en media hora: son las rutas turísticas más conocidas y frecuentadas.

TIERRA EN EBULLICIÓN

Pero faltan semáforos en la ciudad y pocos respetan las señales de tránsito. La avenida Mariscal Cáceres es para Huamanga lo que es la avenida Garcilaso para Lima. Otra ruta del sueño es la avenida Mariscal Castilla, que conecta con la carretera Andahuaylas-Cusco.

Las pistas rotas son el mayor obstáculo, y el Concejo Provincial no se ha dado por enterado. La vía de evitamiento que lleva al aeropuerto parece un camino bombardeado. Y en la ciudad, el Puente Nuevo, Tres Máscaras y Magdalena, entre otras calles, están por doquier camionetas 4x4 y muchísimos Toyota de los años 70 que hacen taxi, andan codo a codo con microbuses y mototaxis que cobran un sol. Un par de galerías cerca al Mercado Central, y muchas tiendas de artesanía y restaurantes que ofrecen sopa de mondongo y pollo *broaster*, forman parte del resurgir económico de esta urbe. Abundan los hoteles, con todos los servicios, incluido telecable; tragamonedas y restaurantes de tres tenedores, y

también las “mamachas” que ofrecen ricas papas y huevos y chocos cocidos con ají.

Los ambulantes hacen de las suyas en las calles Carlos F. Vivanco, Grau y Santa Clara, ofreciendo frazadas, polos, quesos y frutas. Llega la noche a la calle Asamblea, y con ella decenas de anticucherías, sangucheros, emolienteros y vendedores de ropa y música. Pero también se nota la presencia de la Sunat, que en el barrio de Santa Ana, por ejemplo, está rematando sin remordimiento alguna una casona embargada por deudas, mientras empapela medio Huamanga con cierres y multas. Conducta reprochable de una institución que no abre los ojos a la realidad y no observa la crisis económica reflejada en el comercio ayacuchano que poco a poco resurge de las cenizas.

LAS NOCHES DE HUAMANGA

Modernidad, ritmo y alegría se encuentran los fines de semana en el centro de la ciudad. Salvo una leve agitación por la altura —2761 metros sobre el mar—, uno puede cantar el romancón “Vuelve” y sentirse un Ricky Martin en cualquier pub de la calle Asamblea, mismo Barranco o San Juan de Miraflores; o zapatear huaynos hasta rajar el piso.

El delicioso trago “Ayacucho pacificado” —vodka, jugo de naranja y damasco— anima la noche huamanguina, con abundancia de folk, rock, pop, salsa y merengue, y sobre todo de las más lindas y conversadoras muchachitas de mejillas rosa, casi todas estudiantes de la tricentenaria Universidad de San Cristóbal.

Si la diversión pasa a mayores, basta subir a uno de los tres Ticos amarillos y preguntar: “¿Dónde podemos divertirnos?”. El Valentino, en Santa Elena; La Casa Blanca, en Puca Cruz; Gianmar, por el aeropuerto; y otros sitios de menor calaña ofrecen la más “exquisita atención personalizada” femenina, por la módica suma de 50 nuevos soles, tragos aparte, por supuesto.

Los más tranquilos se reúnen en casonas de estilo colonial, en cuyos patios arde la leña y la retama y circula el pisco con Coca Cola, o el

licor de tuna y de limón. Unos cantan, otros bailan, varios rasgan guitarras y aporrear tambores al ritmo de Warpas, Tarcas, Quitacoras y el Grupo Sereno, lo mejor del folclor musical del momento.

Para tomar largo, un margarito litro cien helado; para bailar hasta el amanecer, Los Balcones y sus zamponas; para cortarla, un caldo de pecho en Huanta con bastante ají; y para descansar, una banca en la Plaza Mayor.

*Diario El Comercio. Suplemento El Dominical.
Huamanga, 15 de noviembre de 1998.*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
UN EXTRAÑO MALABARISTA	7
LAS HEROÍNAS DE LA MESA CUADRADA	8
TELÉFONOS PÚBLICOS, A PUNTO DE DESAPARECER	10
EL OTRO SUEÑO DEL LIBERTADOR	13
EN OCTUBRE SÍ HAY MILAGROS	18
EN LAS ENTRAÑAS DE LIMA	23
DESDE BAGUA Y ALREDEDORES	25
NOCHES DE ADRENALINA	30
FIN DE SEMANA EN EL CARMEN	34
CINE SOLO PARA ADULTOS	37
UNA CITA CON LOS CHAMANES	40
SOLO PARA TUS OJOS	43
LA SUERTE EN LIMA	46
COSTUMBRES PIURANAS	49
EL MARINERO DE KIEV	53
LAS DAMAS DE LOS MARES	56
CRÓNICA DE ULTRATUMBA	59
UN MAR DE HISTORIAS	62
TAMBIÉN LLUEVE SOBRE LA CULTURA	65
48 HORAS EN LA TIERRA DEL DILUVIO	70
EL MAESTRO NO TIENE QUIÉN LE ESCUCHE	73
LAS REJAS NO SIEMPRE SON PRISIÓN	78
QUÉ BONITA FAMILIA	83
LOS SECRETOS DEL CASTILLO ROSPIGLIOSI	88
OCTUBRE ES LIMA	91
EL RETORNO A LA TIERRA PROMETIDA	94

Impreso en los talleres gráficos Imprenta Maraví
de Jesús Maraví Orellana
Jr. Cailloma 224 - Cercado de Lima
Lima 1 - Perú